EDITH WHARTON

CUENTOS INQUIETANTES

Cuentos inquietantes

Edith Wharton



Edith Wharton

Cuentos inquietantes



Edith Wharton

Edith Wharton nació en Nueva York en 1862. Su familia era de clase alta, comparable a la aristocracia europea, y consecuentemente recibió una esmerada educación privada.

Su primera novela, *El valle de la decisión*, se publicó en 1902: un romance histórico que transcurre en la Italia del siglo XVIII. El año siguiente publicaría *Santuario*, y en 1905 vería la luz su gran novela, *La casa de la alegría*. En 1907 se estableció definitivamente en Francia, donde se convirtió en discípula y amiga de Henry James. De esta época destaca su novela corta *Ethan Frome*, una trágica historia de amor entre personas corrientes ambientada en Nueva Inglaterra, que se publicó en 1911.

Su obra más conocida es *La edad de la inocencia*, publicada en 1920 y ganadora del premio Pulitzer en 1921.

Edith Wharton es considerada la más genial novelista americana de su generación, admirada por intelectuales de la talla de Henry James, Francis Scott Fitzgerald, Jean Cocteau y Ernest Hemingway.

Falleció el 11 de agosto de 1937 en la localidad de Sain-Brice-sous-Forêt, cerca de París. Está enterrada en el Cementerio de Gonards en Versalles.

Cuentos inquietantes
Edith Wharton

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

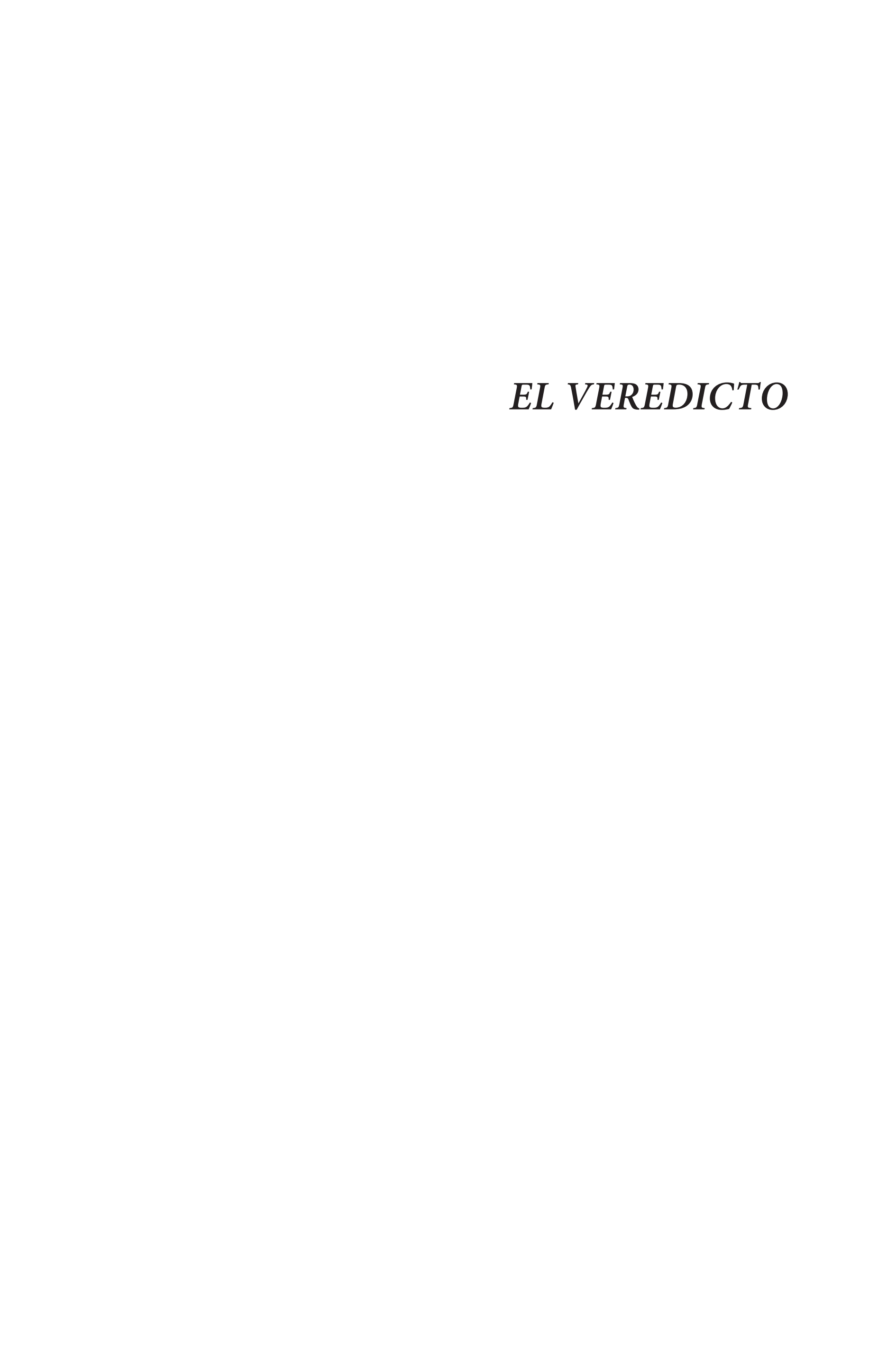
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



EL VEREDICTO

Siempre pensé que, aunque buen tipo, Jack Gisburn era un genio mediocre, por lo que no me sorprendió enterarme que había abandonado la pintura en la cima de su gloria, que se había casado con una viuda rica y se había establecido en la Riviera (a mi entender, Roma o Florencia habrían sido más idóneas).

«La cima de su gloria…», así lo expresaban las mujeres. Me parecía estar oyendo a la señora de Gideon Thwing, su última modelo en Chicago, deplorando su inexplicable abdicación. «Indudablemente mi retrato se revalorizará, pero yo no pienso en eso, señor Rickham… En lo único que puedo pensar es en la pérdida que supone para el Arrrrte». En labios de la señora Thwing la palabra multiplicaba sus erres como si se reflejaran sobre un infinito paisaje de espejos. Y no eran exclusivamente señoras Thwing quienes lamentaban tamaña pérdida. ¿Acaso no se había detenido junto a mí, ante las Bailarinas bajo la luna, de Gisburn, durante la última exposición en la Galería Grafton, la sofisticada Hermia Croft para comentar con los ojos arrasados de lágrimas que «ya no volveremos a ver algo así»?

Pero… incluso a través del prisma de las lágrimas de Hermia, me sentía capaz de abordar el asunto de

forma ecuánime. ¡Pobre Jack Gisburn! Las mujeres lo habían creado, era natural que le llorasen. Entre los de su propio sexo se escucharon escasos lamentos, y entre sus compañeros de profesión, apenas un murmullo. ¿Celos profesionales? Tal vez. Por si acaso, el honor corporativo fue convenientemente defendido por el enjuto Claude Nutley, que, con su mejor voluntad, escribió en el Burlington un bonito «obituario» sobre Jack —uno de esos artículos rimbombantes, saturado de arbitrarios tecnicismos que también he escuchado (no diré a quién) en relación a la pintura de Gisburn—. Así pues, como su veredicto parecía incontestable, la polémica fue languideciendo gradualmente y, tal como había vaticinado la señora Thwing, se disparó el precio de los Gisburn.

No fue hasta tres años después, en el transcurso de unas semanas de vacaciones en la Riviera, cuando de repente se me ocurrió preguntarme por qué habría abandonado Gisburn la pintura. Bien pensado, era un enigma inquietante. Lo más fácil habría sido culpar a su esposa…, pero ni siquiera ese consuelo les quedó a sus clientas. No pudieron afirmar que la señora Gisburn lo hubiese «retirado», pues la señora Gisburn como tal

no existió hasta casi un año después de que Jack hubiese tomado su decisión. A él le gustaba vivir con comodidad, por lo que era bastante posible que se hubiese casado porque no quería seguir pintando. Por el contrario, era difícilmente demostrable que hubiese dejado la pintura por haber contraído matrimonio.

Aunque su mujer no había contribuido a retirarle, resultaba evidente que tampoco había logrado «relanzarle», como argumentaba la señorita Croft… No había sabido devolverle al caballete. Poner de nuevo el pincel en su mano…, ¡qué vocación para una esposa! La señora Gisburn, sin embargo, parecía haberla desdeñado… Y a mí me parecía que podía ser interesante descubrir el motivo.

La vida ociosa en la Riviera se presta a este tipo de reflexiones intelectuales, y habiendo vislumbrado entre los pinares las terrazas porticadas de Jack cuando me dirigía a Montecarlo, me las arreglé para plantarme allí al día siguiente.

Encontré a la pareja tomando el té bajo las palmeras, y la bienvenida de la señora Gisburn fue tan cálida que seguí disfrutándola durante las semanas posteriores. No

es que mi anfitriona fuese «interesante», en cuyo caso no habría tenido más remedio que darle la razón a la señorita Croft. Era precisamente porque no era interesante (si se me permite el desvarío) por lo que a mí me parecía. Y es que Jack había estado toda su vida rodeado de mujeres interesantes: ellas habían promovido su arte, el cual terminó de florecer en el invernadero de la adulación femenina. Resultaría curioso, por tanto, verificar el efecto que sobre él estaba teniendo «aquel empobrecedor ambiente de mediocridad» (cito textualmente a la señorita Croft).

He mencionado que la señora Gisburn era rica, y se percibía de forma inmediata que dicha circunstancia suscitaba en su marido una sutil pero definitiva satisfacción. Por regla general, es precisamente la gente que desprecia el dinero la que más se beneficia de él, y el elegante desdén de Jack hacia la fortuna de su esposa le permitía invertirla en arte y en artículos de lujo sin perder sus educadas maneras. Hacia los segundos, debo añadir, Jack mostraba relativa indiferencia. Sin embargo, adquiría bronces del Renacimiento y pintura del siglo XVIII con una discriminación a la altura de los más desahogados recursos.

«El dinero solo se justifica si hace circular la belleza», fue uno de los axiomas que él mismo dejó caer sobre la plata y la porcelana de Sèvres de una mesa primorosamente dispuesta para el almuerzo, cuando, al día siguiente, me acerqué de nuevo a visitarles desde Montecarlo. Mirando con arrobo y para ayudarme a comprender, la señora Gisburn había añadido: «Jack es morbosamente sensible hacia cualquier forma de belleza».

¡Pobre Jack! Su destino era hacer que las mujeres dijesen de él cosas semejantes: aquello debería constar como atenuante. Lo que me sorprendió en aquella ocasión fue que, por primera vez, a él le molestase el tono. Le había visto tantas veces regodearse con cumplidos similares… ¿Era el tono conyugal lo que le impedía disfrutar ahora de ellos? No…, porque, por extraño que pueda parecer, era obvio que apreciaba a la señora Gisburn… Tanto como para no reparar en su absurdidad. Era su propia absurdidad la que le provocaba una mueca de disgusto…, su propia actitud como objeto de laureles e incienso.

«Querida, desde que abandoné la pintura nadie dice esa clase de cosas sobre mí… Se dicen sobre Victor Grindle…», fue su única protesta, al tiempo que se levantaba de la mesa y se alejaba hacia la asoleada terraza.

Me quedé mirándolo, impresionado por sus últimas palabras. Victor Grindle se estaba convirtiendo, ciertamente, en el hombre del momento… Como el propio Jack había sido, por así decirlo, el hombre del instante. Se decía que el joven artista se había formado a los pies de mi amigo, y me preguntaba si tras la enigmática renuncia de este no subyacía una ráfaga de envidia. Pero no… Porque los Grindle comenzaron a exponerse en las salas rosadas de Dubarry tras haberse producido tal renuncia.

Me volví hacia la señora Gisburn, que se demoraba en el comedor dándole un terrón de azúcar a su *spaniel*.

—¿Por qué dejó Jack la pintura? —le pregunté abruptamente.

Ella alzó las cejas con un atisbo de desenfadada sorpresa.

—¡Oh!, ahora no tiene por qué hacerlo, ya sabes, y quiero que disfrute de su tiempo —Se limitó a contestar.

Contemplé la espaciosa habitación de paneles blancos en la que me encontraba, con sus jarrones verdes a tono

con las pálidas cortinas adamascadas y sus pinturas al pastel del siglo XVIII en sus desvaídos marcos.

—¿También ha dejado de pintar para sí mismo? No he visto ningún cuadro suyo aquí.

Una fugaz sombra de vacilación atravesó el apacible semblante de la señora Gisburn.

—Es todo por su ridícula modestia, ¿entiendes? Dice que no son adecuados para nuestra casa. Se ha deshecho de todos excepto de uno, de mi retrato… Y ese quiere que lo tenga arriba.

Su ridícula modestia…, ¿Jack modesto sobre sus cuadros? Mi curiosidad crecía como la mata de haba. En tono persuasivo, le dije a mi anfitriona:

—¿Sabes qué? Tengo que ver ese retrato.

Casi temerosa, dirigió una mirada a la terraza donde su marido, arrellanado en una silla con parasol, había encendido un puro y colocaba entre sus rodillas la cabeza del podenco ruso.

—Bueno, ven, ahora que no nos ve —dijo con una risa que trataba de ocultar su nerviosismo. Y seguí sus pasos entre los emperadores de mármol del recibidor, y por la amplia escalera adornada con impávidas ninfas de terracota que asomaban entre las flores de los rellanos.

En el rincón más umbrío del vestidor de la señora Gisburn, entre la profusión de delicados y selectos objetos, colgaba uno de los famosos lienzos ovales, enmarcado con las consabidas guirnaldas ¡La mera visión del marco traía a la memoria el pasado entero de Gisburn!

La señora Gisburn corrió las cortinas, retiró una jardinera rebosante de azaleas de color rosa y comentó al tiempo que apartaba un sillón:

—Desde aquí podrás verlo mejor. Yo lo había colgado sobre la chimenea, pero él no quiso que se quedase allí.

Sí, podía verlo, ¡el único retrato de Jack que tenía que contemplar realizando un esfuerzo! Generalmente, sus cuadros gozaban de lugares de honor… En el panel central de una sala Dubarry de suaves tonos amarillos o rosas, por ejemplo, o sobre un caballete monumental colocado de forma que recibiera la luz a través de cortinas de

antiguo encaje veneciano. En este entorno más modesto, el cuadro destacaba más. Pese a ello, a medida que mis ojos se habituaban a la media luz, se iban revelando los familiares rasgos: las vacilaciones disfrazadas de audacia, los trucos de prestidigitación mediante los cuales, y con ayuda de consumada técnica, se las ingeniaba el artista para desviar la atención de lo principal y centrarla en algún bonito detalle irrelevante. La señora Gisburn (de por sí insípido motivo de inspiración que se contagiaba al alma de su propio retrato) había contribuido en gran medida a resaltar el falso virtuosismo. El cuadro era uno de los más «agresivos», como lo habrían definido sus admiradores, de Jack. En él se apreciaban músculos prominentes, venas congestionadas y un equilibrio vacilante e impostado que recordaba los histriónicos esfuerzos con que los payasos de circo fingen levantar una pluma. En síntesis, el cuadro cumplía las expectativas de la mujer bella que, harta de parecer «delicada», aspira a ser retratada de forma «agresiva», pero que, al mismo tiempo, no desea perder un átomo de dicha delicadeza.

—Es el último que pintó, ¿sabes? —dijo la señora Gisburn con comprensible orgullo—. El penúltimo —rectificó—, pero ese otro no cuenta porque lo destruyó.

—¿Lo destruyó? —Me disponía a insistir en ello cuando escuché unos pasos y vi al propio Jack en el umbral.

Allí de pie, con las manos en los bolsillos de su guardapolvo de terciopelo y el fino cabello castaño peinado hacia atrás, despejado de la pálida frente, con las bronceadas mejillas fruncidas por la sonrisa que le curvaba las puntas de su espléndido bigote, percibí hasta qué punto se beneficiaba él de la misma cualidad de sus cuadros: la de parecer más listo de lo que era.

Su mujer le miró en actitud afligida, pero los ojos de Gisburn la ignoraron para posarse sobre el retrato.

—El señor Rickham deseaba verlo —empezó a decir ella tratando de disculparse.

Él se encogió de hombros, sin dejar de sonreír.

—¡Oh!, Rickham me descubrió hace tiempo —dijo con ligereza. Seguidamente, añadió cogiéndome del brazo—: Ven a ver el resto de la casa.

Me la fue mostrando con una especie de complacencia infantil de clase media: cuartos de baño,

intercomunicadores, vestidores, prensas para pantalón… Todas las complejas simplificaciones domésticas de los millonarios. Y cada vez que yo pagaba el esperado tributo de mi admiración, respondía él sacando un poco el pecho:

—Sí, verdaderamente no entiendo cómo se las arregla la gente para vivir sin todo esto.

Al fin y al cabo, este era el final que cualquiera habría previsto para Gisburn. La cuestión era que, para bien y para mal, el tipo seguía siendo el que fue por y a pesar de sus cuadros… Tan atractivo, tan encantador, tan irresistible que a uno le entraban ganas de suplicarle: «¡No te resignes a esta vida ociosa!», de la misma forma que en el pasado a uno le habían entrado ganas de suplicarle: «¡No te resignes a un trabajo como este!».

Pero, justo cuando la súplica se esbozaba en mis labios, mi diagnóstico experimentó un brusco retroceso.

—Esta es mi guarida particular —dijo conduciéndome, tras la deslumbradora gira, hasta una habitación anodina y oscura. Era cuadrada, marrón y tapizada en piel; sin «piezas», sin antiguallas, sin nada que revelase un

ambiente de posado previo a su plasmación en un cuadro semanal y, sobre todo, sin el menor atisbo de haber sido jamás utilizada como estudio.

Este hecho me confirmó la definitiva ruptura de Jack con su vida anterior.

—¿Alguna vez pintas algo? —le pregunté buscando todavía en torno a mí algún indicio de dicha actividad.

—Jamás.

—¿Ni siquiera acuarelas o aguafuertes?

Sus ojos apacibles se entrecerraron y sus mejillas palidecieron un poco bajo el bonito bronceado.

—Nunca pienso en ello, querido amigo. Es como si no hubiese cogido un pincel en toda mi vida.

Por el tono en que lo dijo adiviné enseguida que en realidad no pensaba en otra cosa.

Me aparté por instinto, incómodo por aquel insospechado descubrimiento. Al volverme reparé en

un cuadro pequeño colgado sobre la chimenea, el único objeto que rompía el monótono revestimiento en roble de la habitación.

—¡Santo Dios! —exclamé.

Se trataba del boceto de un burro, un burro viejo y cansado, de pie junto a un muro bajo la lluvia.

—¡Santo Dios! —repetí—. ¡Un Stroud!

Él guardó silencio, pero podía sentirle pegado a mi espalda, con la respiración algo agitada.

—¡Qué maravilla! Apenas doce trazos pero sobre cimientos recios. Eres afortunado, amigo. ¿Dónde lo conseguiste?

—Me lo regaló la señora Stroud.

—¡Ah, no tenía ni idea de que conocieras a los Stroud! Él era un ermitaño incorregible.

—No los conocía hasta que… Ella me buscó para que le pintara tras su muerte.

—¿Tras su muerte? ¿A ti?

Mi sorpresa debió de traslucir un asombro excesivo, porque Jack reaccionó con una risa embarazosa:

—Sí, bueno, ya sabes… Ella, la señora Stroud, es de lo más simple. Su única obsesión era que lo retratase un pintor de moda, pobre Stroud… Creía que era el único modo de proclamar su grandeza, de metérsela por los ojos a un público miope. Y en aquel momento yo era el pintor de moda.

—Pobre Stroud…, como tú dices. ¿Esa fue su historia?

—Esa fue su historia. Ella creía en él, se vanagloriaba de él…, o eso creía. Pero no soportaba no controlar todas las salas de exposiciones. No soportaba que alguien pudiese acercarse demasiado para ver sus cuadros durante los días de barnizado. ¡Pobre mujer! Solo es un fragmento en busca de más fragmentos. Stroud fue la única persona completa en sí misma que he conocido.

—¿Qué has conocido? Pero acabas de decir…

En la mirada de Gisburn había un júbilo enigmático.

—¡Oh, sí, le conocí…! Y él me conoció a mí… solo que fue después de su muerte.

Bajé la voz instintivamente:

—¿Cuándo ella te mandó buscar?

—Sí, por irónico que parezca. Ella quería que se reivindicase su nombre para la posteridad y deseaba que yo lo hiciese.

Volvió a reír, echando la cabeza hacia atrás para contemplar el boceto del burro.

—Hubo días en los que no podía mirarlo, colocarme frente a él. Pero me obligué a colgarlo aquí, y ahora me ha curado…, me ha curado. Ese es el motivo por el que ya ni siquiera me acerco a la pintura, querido Rickham. O quizá el motivo sea Stroud.

Por primera vez mi frívola curiosidad por mi amigo se tornó en genuino deseo de querer comprenderle.

—Me gustaría que me contaras cómo ocurrió.

Gisburn continuaba mirando el boceto, haciendo rodar entre los dedos un cigarrillo que había olvidado encender. De repente se volvió hacia mí:

—Me apetece contártelo…, porque siempre he sospechado que detestas mi trabajo.

Inicié un gesto de protesta que él atajó con un espontáneo encogimiento de hombros.

—¡Oh!, no me importaba en absoluto cuando yo creía en mí mismo… ¡Y ahora es un vínculo más entre los dos!

Se rió un poco, sin amargura, y empujó hacia delante uno de los sillones:

—Toma, ponte cómodo… Aquí tienes los puros que te gustan.

Los dejó junto a mi codo y se puso a caminar por la habitación, deteniéndose de vez en cuando bajo el cuadro.

—¿Qué cómo ocurrió? Te lo puedo contar en cinco minutos… Lo que pasó tampoco transcurrió en mucho

más tiempo… Recuerdo lo sorprendido y halagado que me sentí al recibir la nota de la señora Stroud. Por supuesto, en lo más profundo de mi ser, siempre supe que no había otro como él…, que me dejé llevar, me hice eco de las típicas trivialidades que se decían sobre él, casi hasta llegué a creer que era un fraude, uno más de los que se quedan en el camino. Y ya lo creo que se quedó en el camino…, ¡porque él llegó para quedarse! Los demás seríamos barridos o sepultados, pero él nadaba muy por encima de la corriente… Sobre cimientos recios, como bien has apuntado tú.

Pues bien, llegué a la casa en actitud regia…, ¡casi conmovido, que Dios me perdone, por el dramatismo de la fracasada carrera de Stroud, coronada por la gloria de haber sido retratado por mí! Naturalmente, tenía intención de hacer el retrato sin cobrar… Se lo dije a la señora Stroud en cuanto esta empezó a balbucir algo respecto a sus apuros económicos. Recuerdo que salí del paso con una frase airosa sobre que realmente el honor era mío… ¡Oh, estuve formidable, querido Rickham, posando para mí mismo como una de mis modelos!

A continuación me condujeron hasta donde estaba Stroud y me dejaron a solas con él. Había enviado

todos mis bártulos por adelantado, solo tenía que montar el caballete y ponerme a trabajar. Llevaba solo veinticuatro horas muerto y había fallecido de repente, de enfermedad coronaria, por lo que no había habido actividad destructiva previa… Su rostro estaba despejado e intacto. Le había visto una o dos veces antes, hacía años, y me había parecido insignificante y gris. En cambio en ese momento me pareció soberbio.

En un principio me alegré por mera complacencia estética. Me satisfacía poner mi mano sobre semejante «motivo». Pero más tarde la extraña impresión de que parecía estar vivo empezó a afectarme de manera inquietante… Cuando esbozaba su cabeza sentía que él observaba cómo lo hacía. Por si aquella sensación no fuese suficiente se me ocurrió preguntarme qué diría de mi forma de trabajar si verdaderamente estuviese mirándome. Mis trazos se tornaron imprecisos…, me sentía nervioso e inseguro.

Cierta vez, al alzar la mirada, me pareció detectar una sonrisa bajo su barba cana, como si él estuviera en posesión del secreto y me lo estuviera ocultando. Esto aún me exasperó más. ¿El secreto? ¡Por Dios, yo tenía un secreto que valía más que veinte de los suyos! Me apliqué

al lienzo con furia e intenté poner en práctica algunos de mis atrevidos subterfugios. Pero me fallaron, se me desmoronaron. Observé que él no les daba importancia a mis minucias exhibicionistas, que no conseguía desviar su atención, sino que mantenía la mirada fija en los arduos entresijos. Eran esos precisamente los que yo siempre había logrado esquivar o cubrir con algo de pintura engañosa. ¡Y cómo logró ver Stroud a través de mis engaños!

Alcé de nuevo la vista y reparé en el boceto del burro que colgaba de una pared junto a su cama. Luego su esposa me contó que era lo último que había hecho, un simple apunte realizado con mano temblorosa mientras estuvo en Devonshire, convaleciente de un ataque cardíaco anterior. ¡Un simple apunte! Sin embargo, revela toda su trayectoria. Hay años de paciente e implacable perseverancia en cada línea.

Alguien que nada con la corriente jamás habría aprendido ese prodigioso trazo a contracorriente…

Volví a mi tarea, seguí probando y buscando. Entonces miré de nuevo al burro y me di cuenta de que, a la primera pincelada, Stroud ya sabía cuál iba a ser el final.

Había poseído a su sujeto, lo había absorbido y recreado. ¿Cuándo había hecho yo eso mismo con mis cosas? Mis creaciones no habían nacido de mí… Las había adoptado, ni más ni menos… Imagínate, Rickham, no era capaz de dar la siguiente pincelada con aquel rostro mirándome. La pura verdad era que no sabía hacia dónde dirigirla… ¡Nunca lo había sabido! Entre mis clientas y mi público, una intrépida mancha de color bastaba para disimular dicha realidad… Me limitaba a aplicar pintura a sus rostros… Pues resulta que aquellos ojos muertos sabían mirar precisamente a través de esa pintura. Y veían hasta los más frágiles cimientos. ¿Sabes cuando uno habla en un idioma extranjero cómo, aunque lo haga con fluidez, la mitad de las veces no es capaz de comunicar lo que quiere decir sino solo lo que puede? Pues así mismo pintaba yo. Y, mientras él yacía allí mirándome, eso que todos denominaban mi «técnica» se me vino abajo como un castillo de naipes. Entiéndeme, no es que él me pusiese cara de desprecio, pobre Stroud… solo estaba allí, observando en silencio, pero de sus labios, a través de la barba gris, me pareció escuchar la pregunta: «¿Estás seguro de saber adónde quieres ir a parar?».

Si hubiese sido capaz de pintar aquel rostro, con la pregunta reflejada en él, habría realizado algo grandioso.

Sin embargo, igualmente grandioso fue percatarme de que no era capaz de hacerlo… Me fue concedida esa última gracia. Pero ¡Ay, Rickham!, en ese momento, ¿qué no habría dado yo por tener a Stroud vivo delante de mí y escucharle decir: «No es demasiado tarde…, yo te enseñaré cómo lograrlo»?

Era demasiado tarde… Lo habría sido incluso aunque él hubiese estado vivo.

Recogí mis bártulos, bajé y se lo dije a la señora Stroud. Naturalmente no le conté aquello. Le habría sonado a chino. Le conté simplemente que no podía pintarle, que estaba demasiado conmovido. A ella le agradó la idea… ¡Es tan romántica! Por eso se decidió a regalarme el burro. Pero le preocupaba terriblemente no tener el retrato…

¡Deseaba tanto que lo «trabajase» alguien en boga!

Al principio me temí que no conseguiría librarme…, y tan agobiado estaba que le sugerí a Grindle. Sí, yo fui el que lanzó a Grindle: le dije a la señora Stroud que era «un talento en alza». Ella se lo dijo a otra persona, y así es como llegó a ser verdad…

Grindle pintó a Stroud sin pestañear y ella colgó el cuadro al lado de las obras de su marido…

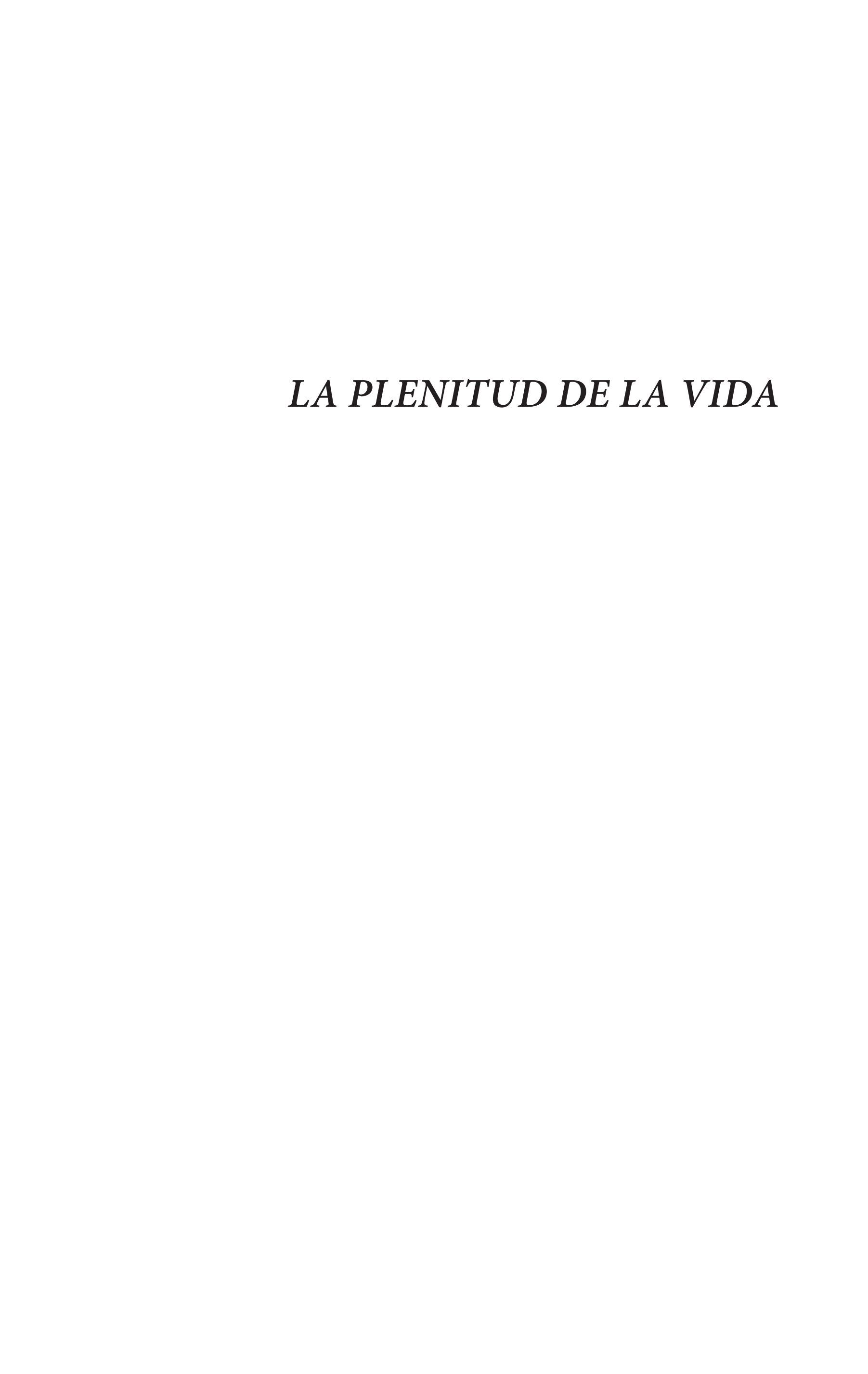
Se desplomó en el sillón que estaba junto al mío, echó hacia atrás la cabeza y, enlazando los brazos tras ella, contempló el cuadro que estaba sobre la chimenea.

—Me gusta imaginar que, si aquel día hubiese podido decir lo que pensaba, Stroud me lo habría encomendado a mí.

Y, en respuesta a mi casi obligada pregunta sobre si empezaría de nuevo, se apresuró a contestar:

—¿Empezar de nuevo? ¿Ahora que lo único que me asemeja remotamente a él es haber tenido la lucidez de claudicar? —Se puso en pie y apoyó su mano en mi hombro riendo—. Lo más irónico de todo esto es que todavía sigo pintando…

¡Porque Grindle lo hace por mí! Los Stroud son excepcionales y ocurren solo una vez, pero no hay forma de exterminar a artistas como nosotros.



LA PLENITUD DE LA VIDA

I

Había estado recostada durante horas, sumida en un plácido sopor no muy diferente de la dulce molicie que nos embarga en la quietud de un mediodía estival, cuando el calor parece haber acallado incluso a los pájaros y a los insectos. Mullidamente tumbada sobre flecos de hierba, dirige la mirada hacia lo alto, por encima de la uniforme techumbre que conforman las hojas de los arces, hacia el vasto cielo, despejado e impávido.

De cuando en cuando, a intervalos progresivamente crecientes, la atravesaba una punzada de dolor, como un fucilazo surcando ese mismo cielo de verano. Resultaba, sin embargo, demasiado fugaz para conseguir sacarla de su estupor, ese estupor delicioso y abisal en el que iba cayendo cada vez más profundamente sin oponer el menor conato de resistencia, el más mínimo esfuerzo por aferrarse a los recesivos bordes de la consciencia.

La resistencia y el esfuerzo tuvieron sus momentos de plenitud, pero ahora habían cesado por completo. Su mente, hostigada desde hacía tiempo por imágenes

grotescas, por fragmentarias visiones de la vida que llevaba últimamente, por aflictivos versos, por recurrentes representaciones de cuadros contemplados alguna vez, por las difusas impresiones que en ella habían dejado ríos, torres y cúpulas en el transcurso de viajes casi olvidados… Su mente apenas reaccionaba ya a unas escasas y primarias sensaciones de incoloro bienestar, de vaga satisfacción al recordar que le había dado el trago definitivo a aquella medicina fatal… y que no volvería a escuchar el chasquido de las botas de su marido (aquellas horrendas botas), que nadie la molestaría más con cuestiones relativas a la cena del día siguiente o a los encargos pendientes en la tienda de ultramarinos.

Al final, incluso aquellas débiles sensaciones acabaron engullidas por la espesa tiniebla que la iba cercando, por el crepúsculo cuajado de pálidas rosas geométricas, desplegadas ante ella en suaves e incesantes círculos que, a su vez, se ensombrecían poco a poco hasta adoptar una negrura uniforme y azulada similar a la de una noche de verano sin estrellas. Y en dicha oscuridad se iba adentrando paulatinamente, con la reconfortante sensación de seguridad de quien se sabe sostenido desde abajo. Una tibia marea que se deslizaba cada vez más

arriba la iba rodeando, envolviendo su cuerpo relajado y exhausto en un aterciopelado abrazo, sumergiéndole primero pecho y hombros, y desplazándose gradualmente sobre su cuello con inexorable delicadeza hasta alcanzar su barbilla, sus orejas, su boca. ¡Ah!, ahora avanzaba demasiado, volvía el impulso de presentar batalla… Tenía la boca llena…, se ahogaba… ¡Socorro!

—Todo ha concluido —anunció la enfermera cerrándole los párpados con profesional aplomo.

El reloj dio las tres. Todos lo recordarían más adelante. Alguien abrió la ventana para permitir la entrada de una de esas corrientes de aire extraño y neutral que recorre la tierra entre la noche y el alba. Alguien (distinto) condujo al marido hasta otra habitación. Él salió con paso indolente, como un ciego, calzado con sus restallantes botas.

II

Le pareció estar de pie bajo una especie de umbral, pese a que no veía ante sí ninguna puerta tangible. Tan solo un inabarcable panorama de luz, suave pero penetrante como el fulgor simultáneo de millares de estrellas, se iba extendiendo gradualmente ante sus ojos ofreciendo un beatífico contraste con la cavernosa oscuridad de la que acababa de emerger.

Avanzó unos pasos, sin miedo, pero con cierta vacilación, y a medida que su vista se fue habituando a las fundentes densidades de luz que la rodeaban, acertó a distinguir los contornos de un paisaje que a primera vista se le antojó inmerso en la opalina ambigüedad típica de las vaporosas creaciones de Shelley, pero que poco después fue adquiriendo relieves más definidos. Así, se le fueron desvelando una descomunal y soleada planicie, la aérea silueta de unas montañas y, seguidamente, el plateado serpenteo de un río sobre un valle, así como el estarcido azul de los árboles alineados en sus meandros… Todo ello recordaba en cierto modo, en su tonalidad indescriptible, a los cerúleos azules de

Leonardo: extraños, subyugadores, misteriosos… Azules que encauzaban la vista y la imaginación hacia regiones de goces indecibles. Extasiada en tal contemplación, el corazón le latía con un asombro placentero y acuciante; tan jubilosa le parecía la promesa que creía adivinar en la incitación de aquella distancia hialina…

—Así que, después de todo, la muerte no es el fin —Se escuchó decir a sí misma en voz alta con alborozo—. Siempre pensé que eso era imposible. Creí a Darwin, por supuesto. Todavía creo en él. Pero el propio Darwin dijo (eso pienso, al menos) que no las tenía todas consigo respecto al tema del alma, y Wallace fue un espiritualista, y también estaba George Mivart… —La mirada se le extravió en la etérea lejanía de las montañas—. ¡Qué belleza! ¡Qué bien se está aquí! —murmuró—. Tal vez ha llegado el momento de averiguar lo que es vivir.

Mientras hablaba sintió una repentina aceleración de su ritmo cardíaco y al mirar hacia arriba advirtió que ante ella estaba el Espíritu de la Vida.

—¿De verdad que nunca has sabido lo que es la vida? —le preguntó el Espíritu de la Vida.

—Jamás he conocido la plenitud de la vida que todos nos sentimos llamados a conocer, pese a que no han faltado en la mía dispersos atisbos de ella, como el olor a tierra que a veces se percibe en alta mar.

—¿Y a qué llamas tú «plenitud de la vida»? —preguntó nuevamente el Espíritu.

—¡Oh, si tú no lo sabes, cómo voy a explicártelo yo! —dijo ella con un punto de reproche—. Se supone que hay muchas palabras para definirlo, entre las cuales las más usadas son «amor» y «afecto», pero no estoy muy segura de que sean las idóneas. Además, hay tan poca gente que sepa lo que significan…

—Estuviste casada —dijo el Espíritu— y, aun así, ¿no conociste la plenitud de la vida en tu matrimonio?

—¡Oh, no, válgame Dios! —replicó ella con indulgente desdén—. Mi matrimonio fue un asunto bastante precario.

—Y, pese a ello, ¿apreciabas a tu marido?

—Has dado con la palabra exacta. Le apreciaba, sí, pero lo mismo que apreciaba a mi abuela, la casa en que

nací o a mi antigua niñera. ¡Oh, sí, le apreciaba!, y se nos consideraba una pareja muy feliz. Pero a veces pienso que la naturaleza de la mujer es como una casa con muchas habitaciones: está el recibidor de entrada por el que pasa todo el mundo para salir o entrar, el salón en el que una recibe a las visitas formales, la sala de estar donde los miembros de la familia vienen y van a su antojo…

Pero más apartadas, mucho más apartadas, hay otras habitaciones cuyos picaportes nunca se hicieron girar para abrir sus puertas. Nadie conoce el camino para acceder a ellas, nadie sabe a dónde conducen. Y en la habitación más recóndita de todas, en el santuario de santuarios, el alma se sienta sola, aguardando el sonido de unos pasos que nunca llegan.

—Y tu marido —preguntó el Espíritu al cabo de una pausa—. ¿Nunca fue más allá de la salita familiar?

—¡Nunca! —respondió exasperada—. Y lo peor de todo es que estaba muy conforme con no pasar de ahí. Consideraba la salita un lugar precioso y, en ocasiones, cuando admiraba el vulgar mobiliario, impersonal como las sillas y mesas de un recibidor de hotel, me entraban ganas de gritarle: «Estúpido, ¿es que nunca vas a adivinar

que, justo aquí al lado, hay estancias llenas de tesoros y portentos como no ha visto jamás el ojo humano, estancias a las que jamás ha accedido nadie pero en las que tú podrías quedarte de por vida si fueses capaz de dar con el picaporte?».

—Entonces —prosiguió el Espíritu— esos momentos de los que hablabas antes, esos que parecían sobrevenir como esporádicos atisbos de la plenitud de la vida, ¿no los compartías con tu marido?

—Oh, no… Nunca. Él era diferente. Sus botas chasqueaban continuamente y cada vez que salía de una habitación lo hacía dando un portazo. Jamás leía nada que no fuesen novelas baratas o las noticias de deportes de la prensa y… y… En resumidas cuentas, que no nos entendimos en absoluto el uno al otro.

—En ese caso, ¿a qué otras influencias atribuías las exquisitas sensaciones que mencionas?

—Pues no sabría decirlo. Unas veces al perfume de una flor, otras a un verso de Dante o de Shakespeare o incluso a un cuadro o a una puesta de sol, o a uno de esos días de calma en alta mar cuando a una le parece estar

recostada en la cuenca de una perla azul. En ocasiones (aunque de manera muy ocasional) a algo dicho por alguien que obró el milagro de poner en palabras, en el momento adecuado, lo mismo que yo había sentido y no había sido capaz de expresar.

—¿Alguien a quien amabas? —inquirió el Espíritu.

—¡Yo nunca he amado de esa forma! —repuso ella con pesadumbre—. Como tampoco pensaba en nadie en particular al hablar, tal vez en dos o tres personas que, al pulsar eventualmente alguna tecla de mi ser, lograron hacer sonar una nota aislada de la extraña melodía que parecía dormir dentro de mi alma. Sin embargo, han sido pocas las veces en las que he podido atribuir tales sensaciones a las personas. Y, desde luego, nadie suscitó nunca en mí una sensación de felicidad como la que tuve el privilegio de experimentar una noche en la capilla de San Miguel, en Florencia.

—Háblame de ello —dijo el Espíritu.

—Fue casi al anochecer, tras una tarde lluviosa de primavera en la semana de Pascua. Las nubes se habían dispersado, barridas por un viento repentino y,

cuando entramos en la iglesia, las fulgentes vidrieras de las ventanas brillaban en lo alto como lámparas en la penumbra. Había un sacerdote en el altar mayor y su blanca vestidura contrastaba como una mancha lívida contra la oscuridad saturada de incienso. La luz de las velas danzaba arriba y abajo como luciérnagas en torno a su cabeza. Un grupo de personas estaba arrodillado a su alrededor. Nosotros pasamos con cuidado por detrás y nos sentamos en un banco cercano al tabernáculo de Orcagna.

Por raro que parezca, aunque Florencia no era nueva para mí, no había estado antes en esa iglesia, y bajo aquella luz mágica vi por vez primera los escalones taraceados, las estriadas columnas, las esculturas en bajo relieve y el baldaquín del fastuoso sagrario. El mármol, desgastado y pulido por la sutil mano del tiempo, había adquirido un indescriptible tono rosáceo que recordaba remotamente al color miel de las columnas del Partenón, siendo este otro más místico, más intrincado, un color no nacido del pertinaz beso del sol, sino surgido de aquella semioscuridad de cripta, de las llamas de las velas sobre las tumbas de los mártires, de los haces de luz crepuscular filtrados a través de las simbólicas vidrieras de crisoprasa

y rubí. Una luz como la que ilumina los misales de la biblioteca de Siena, o como la que irradia cual fuego invisible la Madonna de Juan Bellini en la iglesia del Redentor de Venecia… La luz de la Edad Media, más rica, más solemne, más significativa que el diáfano sol de Grecia.

En la iglesia reinaba el silencio, tan solo interrumpido por las letanías del sacerdote y por el arrastre ocasional de alguna silla por el suelo. Mientras me encontraba allí, bañada por aquella luz, cautivada por la contemplación del milagro de mármol que se erigía ante mis ojos (hábilmente diseñado como un cofre de marfil, embellecido con incrustaciones de joyería y oscurecidas vetas de oro), sentí cómo era arrastrada por una poderosa corriente cuyo nacimiento parecía remontarse al principio mismo de las cosas y en cuyas torrenciales aguas iban convergiendo todos los afluentes de las pasiones y los afanes humanos. La vida, en sus distintas manifestaciones de belleza y singularidad, parecía danzar rítmicamente en torno a mí mientras me impulsaba hacia delante, y tuve la certeza de que cualquier camino que hubiese transitado alguna vez el espíritu del hombre resultaría ser plenamente familiar para mis pies.

Extasiada en dicha visión, los pinjantes medievales del tabernáculo de Orcagna parecieron fundirse y recobrar sus formas primitivas, de tal manera que el lánguido loto del Nilo y el acanto griego aparecían entrelazados con los nudos rúnicos y los monstruos de cola de pez del norte. Cualquier forma plástica de terror o belleza creada por la mano del hombre desde el Ganges hasta el Báltico oscilaba y se entremezclaba en la apoteosis de la María de Orcagna. Y el río no cesaba de empujarme hacia delante. Tras de mí quedaban los irreconocibles rostros de las civilizaciones antiguas y los célebres portentos de Grecia, pero yo continuaba braceando sobre la arrolladora marea de la Edad Media con sus impetuosos torbellinos de pasión y sus remansos de poesía y arte capaces de reflejar el cielo. Podía escuchar los acompasados golpes de los martillos de los artesanos tanto en las herrerías como contra los muros de las iglesias, las consignas de facciones armadas en las angostas callejas, el diapasón de los versos de Dante, el crepitar de los leños en torno a Arnaldo de Brescia, el trino de las golondrinas a las que predicaba san Francisco, la risa de las damas escuchando las salidas de tono del Decamerón al pie de las laderas mientras la Florencia devastada por las plagas clamaba de desesperación a escasa distancia… Pude oír eso y mucho

más, todo mezclado en un extraño unísono con voces de un pasado aún más remoto, violentas, apasionadas o apacibles, pero, en cualquier caso, sometidas a una armonía tan increíble que me hizo pensar en el cántico que conjuntamente entonaban las estrellas matutinas, y tuve la sensación de que estuviese sonando justo en mis oídos. El corazón me latía hasta provocarme sofoco, las lágrimas me escocían bajo los párpados… Y es que la dicha, lo misterioso que resultaba todo aquello, llegaba a resultar intolerable, imposible de soportar. Ni siquiera entonces alcancé a comprender la letra de aquel cántico, pero sabía que de haber habido alguien escuchándola a mi lado tal vez entre los dos hubiésemos logrado descifrarla.

Me volví hacia mi marido, que, sentado junto a mí en actitud de resignado abatimiento, escudriñaba el fondo de su sombrero. Pero justo en ese instante se puso en pie y, estirando sus entumecidas piernas, sugirió amablemente: «Mejor nos vamos, ¿no? No parece que haya demasiado que ver por aquí, y la cena de la *table d'hôte* se sirve a las seis y media en punto».

Concluida su exposición, se produjo un intervalo de silencio al cabo del cual el Espíritu de la Vida dijo:

—Siempre aguarda una compensación para las necesidades de las que hablas.

—¡Oh! Entonces, tú sí que me comprendes, ¿no es verdad? ¡Dime qué clase de compensación, venga!

—Se ha dispuesto que cualquier alma que en la tierra haya buscado en vano un alma gemela ante la cual poder desnudar lo más íntimo de su ser la encuentre aquí y se una a ella por toda la eternidad.

Un grito de júbilo escapó de sus labios:

—¡Ah!, ¿voy a encontrarle por fin? —gritó exultante.

—Aquí está —dijo el Espíritu de la Vida.

Ella alzó los ojos y vio ante sí a un hombre cuya alma (bajo aquella luz desmesurada le parecía ver su alma con mayor claridad que su rostro) la atraía hasta él con una fuerza invencible.

—¿Eres tú realmente él?

—Soy él —respondió el otro.

Ella le tendió la mano y le condujo hasta el alféizar bajo el cual se extendía todo el valle.

—¿Bajaremos juntos a ese lugar maravilloso? —le preguntó ella—. ¿Lo veremos juntos como si tuviésemos los mismos ojos y nos diremos con las mismas palabras todo lo que pensemos y sintamos?

—Eso mismo he estado esperando y soñando yo hasta hoy —repuso.

—¿Cómo? —inquirió ella con creciente alegría—. Entonces, ¿tú también me has estado buscando?

—Toda mi vida.

—¡Qué maravilla! ¿Y nunca encontraste a nadie en el otro mundo que te comprendiera?

—No del todo… No como nos entendemos tú y yo.

—¿Así que tú también lo sientes así? ¡Oh, qué feliz soy! —suspiró ella.

Permanecieron con las manos entrelazadas, mirando por encima del alféizar hacia el radiante paisaje que se

exponía ante sus pies en medio del espacio zafirino. El Espíritu de la Vida, que continuaba observando bajo el umbral, podía oír de vez en cuando algún volátil retazo de su charla que regresaba demorado hasta él, como la golondrina extraviada que en ocasiones el viento aísla de su tribu migratoria.

—¿No has sentido nunca en el atardecer…?

—¡Oh, claro que sí! Pero nunca se lo escuché decir a nadie más. ¿Y tú?

—¿Recuerdas ese tercer verso del canto tercero del Infierno de Dante?

—Ah, ese verso, siempre fue mi favorito… ¿Es posible que…?

—¿Sabes cuál es la Victoria inclinada del friso de Atenea Niké?

—¿Te refieres a la que se ata la sandalia? ¿Entonces también tú te has dado cuenta de que todos los Botticelli y Mantegna están latentes entre los vaporosos pliegues de sus ropajes?

—¿Has visto alguna vez tras una tormenta de otoño…?

—¡Sí, sí! Es curioso cómo ciertas flores evocan a ciertos pintores, el perfume del clavel a Leonardo, el de la rosa a Tiziano, el del nardo a Crivelli…

—Jamás imaginé que otra persona pudiese haberlo notado.

—¿No has pensado nunca…?

—¡Oh, sí! Más veces de las que crees, pero ni en sueños se me ocurrió que otro pudiese haber pensado lo mismo.

—Pero sin duda debes de haber sentido que…

—Oh, sí, sí… Y tú también…

—¡Qué hermoso! ¡Qué extraño…!

Sus voces subían y bajaban como el sonido de dos fuentes respondiéndose la una a la otra a través de un jardín sembrado de flores. Al cabo de un tiempo, en tono de dulce apremio, él se volvió hacia ella y le dijo:

—Amor, ¿por qué demorarnos aquí? Tenemos toda la eternidad por delante.

Bajemos juntos hasta esos hermosos campos y levantemos una casa en alguna de esas colinas azules que sé que alzan sobre el reluciente río.

Mientras el hombre hablaba, ella retiró instintivamente la mano que minutos antes había dejado abandonada en la suya, y él pudo advertir que una nube atravesaba el resplandor de su alma.

—¿Una casa? —repitió ella en voz queda—. ¿Una casa en la que vivir los dos juntos durante toda la eternidad?

—¿Por qué no, amor? ¿Acaso no soy el alma que la tuya ha estado buscando?

—Sssí… sí, lo sé… Pero, ya sabes, una casa no me parecería mi casa a no ser que…

—¿A no ser que…? —repitió él con un deje de asombro.

Ella se abstuvo de responder, pero mentalmente, en un arrebato de arbitraria sinrazón, concluyó para sí misma: «A no ser que cerrases la puerta de un portazo y llevases botas que chasqueasen al andar».

Pero él la había tomado nuevamente de la mano y, avanzando de modo apenas perceptible, la iba conduciendo hacia la refulgente escalinata que descendía hasta el valle.

—Vamos, ¡ay, alma de mi alma! —le imploraba él apasionadamente—. ¿Para qué perder un instante? Seguro que, al igual que yo, sientes que incluso la eternidad resulta corta para esta dicha nuestra. Ya me parece ver nuestro hogar. ¿Y acaso no lo he visto siempre en mis sueños? Es todo blanco, ¿no es verdad, amor?, con columnas suaves al tacto y una cornisa con relieves recortándose contra el azul del cielo.

Rodean la casa arboledas de laurel y adelfas, así como macizos de rosas, pero desde la terraza por la que solemos pasear al caer la tarde la vista también alcanza a divisar bosques y frescos prados a través de los cuales, casi sepultado bajo primitivas frondas, un arroyo sigue su delicado curso en busca del río. Dentro de casa nuestros cuadros favoritos cuelgan de las paredes y los libros se alinean en los estantes de las habitaciones. Fíjate, querida, por fin tendremos tiempo de leerlos todos. ¿Por cuál empezaremos? Vamos, ayúdame a elegir.

¿Será *Fausto*, *La vida nueva*, *La tempestad*, *Los caprichos de Mariana* o el trigésimo primer canto del *Paraíso*, o tal vez el *Epipsychidion* o el *Lycidas*? Dime, querida, ¿cuál?

No había terminado de hablar cuando advirtió la sonrisa de ella vibrando ilusionada en sus labios. Sin embargo, se le borró al instante, justo antes del silencio que se produjo a continuación. Permaneció inmóvil, remisa a la invitación de la mano que él le tendía.

—¿Qué ocurre? —preguntó él en tono de súplica—. Aguarda un instante —dijo ella con una extraña vacilación en la voz—. Antes necesito saber, ¿estás completamente seguro de ti mismo? ¿No hay nadie en el mundo a quien recuerdes algunas veces?

—No desde el momento en que te vi —repuso él. Porque, para ser un hombre, era verdad que se había olvidado por completo.

Con todo, ella seguía sin moverse, y él vio oscurecerse la sombra que se abatía sobre su alma.

—Seguramente, amor —le reprochó él—, no es eso lo que de verdad te inquieta. Por lo que a mí respecta, ya

he surcado el Lete. El pasado se ha desvanecido como una nube sobre la luna. No fue vida lo que tuve hasta encontrarte.

Ella no respondió a sus ruegos, pero, al cabo de unos minutos, incorporándose con visible esfuerzo, se apartó de él y se acercó al Espíritu de la Vida, que todavía aguardaba junto al umbral.

—Quiero hacerte una pregunta —dijo ella, preocupada.

—Pregunta —respondió el Espíritu.

—Hace un rato —empezó a decir lentamente— me dijiste que cualquier alma que no hubiese encontrado su alma gemela en la tierra está llamada a hallar una aquí.

—¿Y no has encontrado ninguna? —preguntó el Espíritu.

—Sí, pero, ¿le ocurrirá lo mismo al alma de mi esposo?

—No —contestó el Espíritu de la Vida—, porque tu esposo creyó haber encontrado en ti su alma gemela en

la tierra. Y la eternidad carece de remedios para tales alucinaciones.

A ella se le escapó un pequeño grito. ¿De decepción o de triunfo?

—Entonces… ¿Qué le pasará a él cuando llegue aquí?

—No sabría decírtelo. No cabe duda de que hallará cierto campo de acción y de felicidad, en justa proporción a su capacidad para ser activo y feliz.

Ella le interrumpió espetándole casi al borde de la cólera:

—Nunca será feliz sin mí.

—No estés tan segura de eso —contestó el Espíritu.

Como ella pareció hacer caso omiso, el Espíritu añadió:

—Tu marido no va a comprenderte aquí arriba mejor de lo que lo hizo en la tierra.

—No importa —dijo ella—. Yo seguiré siendo la única damnificada, puesto que él siempre pensó que me comprendía.

—Sus botas chasquearán igual que antes…

—Eso no me importa.

—Y dará portazos al salir…

—Seguramente.

—Y seguirá leyendo populares novelas de tren.

Ella le atajó con vehemencia:

—Bueno, muchos hombres hacen cosas peores.

—Pero acabas de decir —insistió el Espíritu— que no le amabas.

—Cierto —repuso ella sin vacilación. Pero, ¿no te das cuenta de que no podría sentirme en casa sin él? Todo esto está muy bien para una o dos semanas…, ¡pero para la eternidad! Al fin y al cabo los chasquidos de sus botas no me molestaban tanto, salvo cuando tenía jaquecas, y

supongo que aquí no las tendré. Y además él se arrepentía enormemente cada vez que daba un portazo… solo que era incapaz de acordarse de no hacerlo. Por otra parte, ninguna otra persona sabría cuidar de él como yo… Es un ser tan desvalido… Nadie rellenaría nunca su tintero, se quedaría sin sellos de repente y sin tarjetas de visita. Nunca se acordaría de reforzar el paraguas o de preguntar el precio de algo antes de comprarlo. Vamos, ni siquiera sabría qué novelas leer. Siempre era yo quien tenía que escoger las que le gustaban, esas con crímenes, falsificaciones y algún detective infalible.

Se volvió abruptamente hacia su alma gemela, que permanecía escuchando con cara de estupor y consternación.

—¿No entiendes que de ninguna manera me puedo ir contigo?

—Pero ¿Qué piensas hacer? —preguntó el Espíritu de la Vida.

—¿Qué, qué es lo que pienso hacer? —repitió ella indignada—. Pues obviamente me dispongo a esperar

a mi marido. Si él hubiese llegado primero, me habría esperado durante años, y le partiría el corazón no encontrarme aquí cuando llegase.

—Señaló con desdén la mágica visión de la colina y el valle en las estribaciones de las translúcidas montañas—: Le importaría un rábano todo eso —añadió— si no me encontrase a mí aquí.

—Pero ten en cuenta —le advirtió el Espíritu— que ahora estás eligiendo para la eternidad. Es un momento solemne.

—¡Eligiendo! —dijo ella con una media sonrisa triste—. ¿Aquí arriba todavía sigue vigente esa vieja falacia sobre la elección? Pensaba que precisamente tú sabrías a qué atenerte al respecto. ¿Qué puedo hacer? Él esperará encontrarme aquí cuando venga y jamás te creería si le dijeses que me he marchado con otra persona… Nunca, jamás.

—Sea pues —dijo el Espíritu—. Aquí, como en la tierra, uno tiene que elegir por sí mismo.

Ella se volvió hacia su alma gemela y le miró con afecto, casi con añoranza.

—Lo siento —dijo—. Me habría gustado volver a hablar contigo, pero sé que lo entenderás, y me atrevo a asegurar que encontrarás a alguien mucho más inteligente…

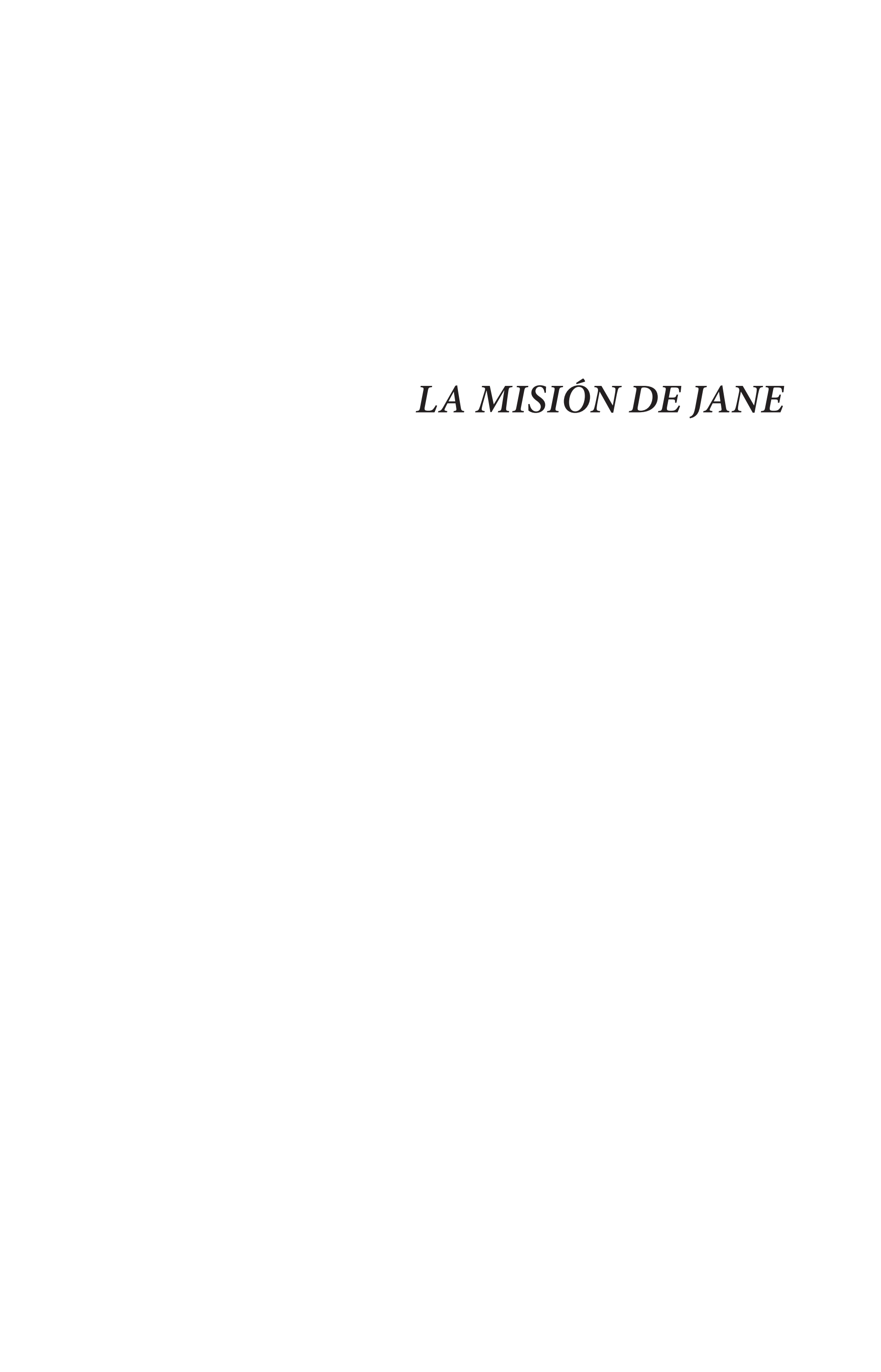
Y sin demorarse para escuchar su respuesta le dedicó un apresurado gesto de despedida y se volvió hacia el umbral.

—¿Llegará pronto mi marido? —le preguntó al Espíritu de la Vida.

—Eso no estás llamada a saberlo —replicó el Espíritu.

—No importa —dijo ella alegremente—. Tengo toda la eternidad para esperar.

Y sola, sentada en el umbral, aún espera escuchar, de un momento a otro, el chasquido de sus botas.



LA MISIÓN DE JANE

I

Algún cambio difícil de precisar en el aspecto de la señora Lethbury provocó que la mirada conyugal de su esposo, habitualmente indiferente, se demorara aquella noche sobre ella, por encima de la mesa dispuesta para la cena.

—¡Qué atractiva te encuentro hoy! ¿Es nuevo ese vestido?

Ella le correspondió con una mirada vagamente resentida, como ofendida porque él la juzgase capaz de incurrir en la extravagancia de despilfarrar en un vestido solo para él y, justo entonces, su marido cayó en la cuenta de que el cambio que había detectado iba más allá de la anécdota indumentaria. Un rubor sutil y amedrentado le demostró que su esposa era, a su vez, consciente de tal cambio. Una de las ventajas del infantilismo crónico de la señora Lethbury era que todavía se sonrojaba con la candidez de los dieciocho años. También su cuerpo había sido bendecido para no exceder a su mente, por lo que

el uno y la otra, pensaba Lethbury, estaban destinados a surcar juntos una eterna adolescencia.

—No sé a qué te refieres —repuso ella.

Nunca parecía saberlo, y a su esposo no dejaba de asombrarle que semejante respuesta sonase invariablemente igual que una renovada crítica hacia su persona. Sin embargo, como su asombro carecía de resentimiento, le respondió de buen talante:

—Es que estás tan deslumbrante que pensé que te habías puesto tus diamantes.

Ella suspiró y se ruborizó aún más.

—Debe de ser —continuó él— que has estado en la inauguración del taller de alguna modista. Irradias el placer de lo prohibido.

Ella volvió a mirarle perpleja, esta vez confundida por el adjetivo. Los adjetivos de su esposo, que se le antojaban ininteligibles y llenos de resonancias impúdicas, siempre lograban desconcertarla.

—En resumen —concluyó el señor Lethbury—, que has estado haciendo algo de lo que te avergüenzas profundamente.

Para su sorpresa, ella le replicó:

—¡No veo por qué debería avergonzarme!

Lethbury se reclinó hacia atrás con una sonrisa socarrona. Le gustaba prestar atención a las explicaciones de su esposa cuando no tenía nada mejor que hacer.

—¿Y eso…? —preguntó.

Ella empezó a sofocarse y a proferir acusaciones:

—Sé que te vas a reír… ¡Todo te lo tomas a broma!

—¡Vaya, no me agües la fiesta antes de tiempo! —intervino él.

Pero ella, haciendo caso omiso, le espetó:

—¡Es tan fácil reírse del mundo!

—Ah —murmuró Lethbury aliviado—, eso es de la tía Sophronia, ¿no?

La mayor parte de las expresiones de su esposa eran reliquias de familia, y a él le producía un inusitado placer averiguar la procedencia de cada una de ellas. La señora Lethbury se enorgullecía por lo arcaizante de tales expresiones y no veía razón para desecharlas mientras continuasen siendo útiles. Indudablemente, algunas eran tan exquisitas que, al igual que la porcelana Crown Derby de la bisabuela, debían reservarse para ocasiones especiales. Pero el lote de frases hechas que su esposa había heredado de la dama conocida como tía Sophronia eran de uso corriente y todavía conservaban la vigencia del primer día. En cambio, según había comprobado la señora Lethbury, su esposo sustituía constantemente sus propias sentencias. Al principio de su matrimonio ella esbozó una sutil tentativa de reproche, pero hacía tiempo que él la había silenciado para los restos con una sola respuesta: «Querida, no soy un hombre rico, pero si puedo evitarlo, no uso la misma frase dos veces».

Así pues, la señora Lethbury debía conformarse con rumiar para sus adentros las deficiencias morales de su esposo, de entre las que destacaba especialmente su negativa a tomarse las cosas en serio. En aquella ocasión, sin embargo, un propósito de mayor envergadura la disuadía de seguirle el juego.

—¡No estoy en absoluto avergonzada! —repitió ella con aire de quien hace ondear una bandera al viento. No obstante, la placidez de la aplastante atmósfera doméstica hizo que la bandera se abatiese con exigua heroicidad.

—Eso —dijo Lethbury en tono judicial— me lleva a inferir que deberías estarlo y, por ende, que te has permitido el lujo de hacer algo que, sin duda, yo no aprobaría.

Ella reaccionó con una franqueza casi solemne:

—No —dijo—. No lo aprobarías. Ya contaba con eso.

—¡Ah! —replicó él soltando su copa de licor—. Así que ya has solucionado el problema, ¿no?

—Eso creo.

—¡Qué interesante, para variar! ¿Y de qué se trataba?

Ella le miró impasible:

—De un bebé.

Pocas veces había conseguido sorprender a su esposo, pero esta vez, desde luego, se colgó una medalla.

—¿Un bebé?

—Sí.

—¿Un bebé… humano?

—¡Naturalmente! —protestó ella con el virtuoso reproche de una mujer que jamás permitiría que entraran perros en su casa.

La mirada atónita de Lethbury se diluyó en una franca sonrisa:

—¿Un bebé que yo no aprobaría? Bueno, tengo que reconocer que en términos abstractos no pienso mucho en ellos, la verdad. ¿Se trata de un bebé abstracto?

El adjetivo la hizo fruncir de nuevo el ceño, pero había alcanzado tal punto de exaltación que ningún obstáculo habría podido detenerla.

—¡Del bebé más precioso…! —murmuró.

—¡Ah, entonces se trata de uno concreto! Existe. Respira con dolor en este mundo ingrato…

—¡Es el bebé más saludable que he visto en mi vida! —le corrigió ella indignada.

—¿Lo has visto?

Volvió a embargarla un rubor traicionero.

—Sí, lo he visto.

—¿Y a quién pertenece el ínclito?

Y esta vez la respuesta de su mujer logró confundirlo por completo:

—A mí…, espero —declaró.

Él echó la silla hacia atrás y murmuró con dificultad:

—¿A… ti?

—A… nosotros —rectificó ella.

—¡Santo cielo! —exclamó él. Si hubiese habido el más ligero indicio de locura en la mirada transparente

de su esposa… Pero no, su mirada seguía tan clara, tan despejada, tan accesible como la primera vez que se sorprendió a sí mismo fondeando en ella.

Tal vez estuviera tratando de ser graciosa… Sabía a ciencia cierta que no hay nada más críptico que el sentido del humor de quienes carecen de él.

—¿Es una broma? —farfulló.

—Espero que no. Deseo tanto que se convierta en realidad…

Sonriendo fugazmente ante las limitaciones de un mundo en el que las bromas no fuesen realidades, Lethbury prosiguió:

—Pero ya lo es, según parece…

—Una realidad para nosotros, quiero decir, para ti y para mí. Quiero… —le tembló la voz y, con ella, la mirada—. Siempre he ansiado tan desesperadamente… Ha sido una decepción tan grande no poder…

—Ya veo —dijo Lethbury con delicadeza.

Pero no, no lo había visto con anterioridad. En aquel instante le pareció extraño que nunca antes se le hubiese pasado por la cabeza que su esposa pudiese sentirse así, que jamás hubiese sospechado de alguna complejidad oculta bajo su exuberante simpleza. Se sentía como si hubiese activado un resorte secreto de su mente.

Siguió un momento de silencio, lacrimoso y trémulo por parte de ella, algo embarazoso y vagamente contrariado por la de él.

—Supongo que te has sentido sola —empezó él. Se le hacía raro tener que tratar de repente con la extraña que le miraba con aquellos ojos despojados de la trivialidad que él conocía.

—De vez en cuando —repuso ella.

—Lo siento.

—No ha sido culpa tuya. Los hombres están tan ocupados…, y las mujeres listas o bonitas…, bueno, supongo que eso también cuenta como una ocupación. A veces me da la impresión de que una vez servida la cena no me queda nada más que hacer hasta el día siguiente.

—Vaya… —se lamentó él.

—No ha sido culpa tuya —insistió la esposa—. No te lo había dicho hasta ahora pero cuando elegí aquel papel rosado para la primera habitación del piso de arriba, siempre pensé que…

—¿Sí…?

—Que era un color precioso para que un bebé despertase rodeado de él… Eso fue hace ya dos años, claro está, pero resultó un papel bastante caro… Y no se ha descolorido lo más mínimo… —dijo ella entrecortadamente.

—¿No se ha descolorido?

—No… Y entonces pensé que… como no usamos la habitación para nada desde que murió tía Sophronia… Pensé que podría…, que tú podrías… Oh, Julian, ¡si hubieses podido verla al despertarse en su cuna!

—¿Ver… qué, dónde? ¡No tendrás un bebé arriba…!

—¡Oh, no… todavía no! —contestó ella con su peculiar risa…, esa fresca risa adolescente que al principio le pareció uno de sus mayores encantos. En aquel momento se le ocurrió a Lethbury que últimamente no le había proporcionado a su esposa muchos motivos para reír. Pero, por otra parte, ella precisaba de cosas muy elementales y a él le resultaba tan difícil de entretener como un salvaje. De modo que había acabado por concluir que el problema radicaba en que él no era lo bastante simple.

—Alice —dijo en un tono más bien grave—, ¿qué quieres decir exactamente?

Ella vaciló unos instantes. Lethbury observó cómo reunía valor para un esfuerzo supremo. A continuación, con voz pausada y sentenciosa, como si recitase una oración sacramental, le explicó:

—Me siento tan sola sin un hijo que pensé que tal vez me dejarías adoptarlo…

Está en el hospital… Su madre ha muerto… Y yo la he mimado, vestido, cuidado…

Y es un bebé tan bueno… Puedes preguntarle a cualquiera de las enfermeras…

Nunca, nunca te molestaría con su llanto…

II

Lethbury acompañó a su esposa al hospital con una docilidad insospechada. Ni por un momento se le había ocurrido oponerse a su deseo. Naturalmente, sabía que a él le tocaría la peor parte de todo aquello: las bromas en el club, las preguntas, las explicaciones. Se vio a sí mismo en el cómico papel de padre adoptivo, y lo aceptó como si fuese una suerte de expiación. Y es que una veloz reconstrucción del pasado le devolvió una imagen de sí mismo bastante menos grata de lo que le habría gustado admitir. Siempre había sido intolerante con los necios y, en justo castigo, era condenado por su necedad. Mientras recorría mentalmente los años que mediaban entre su matrimonio y la inesperada paternidad que acababa de asumir, y a la luz de su imaginación exaltada, detectó numerosos síntomas de extraordinaria estulticia. No es que hubiese dejado de creer que su esposa fuese necia: era necia, limitada e inflexible, pero le producían cierta ternura los forcejeos de su mente obtusa, la manera en que estos buscaban a ciegas las emociones primarias. Siempre había creído que la señora Lethbury sería más feliz con un hijo, pero lo había pensado de forma mecánica, solo

porque así lo había pensado alguien previamente, solo porque estaba en la naturaleza de las cosas el pensar así de las mujeres, solo porque su esposa pertenecía tan indefectiblemente a su especie que se ajustaba a todos los tópicos que existían sobre su sexo. Pero Lethbury había considerado tales tópicos como un claro ejemplo del triunfo de la tradición sobre la experiencia. Sin duda, la maternidad era la función suprema de la mujer primitiva, el único fin hacia el cual tendía su organismo entero. Sin embargo, con el paso de los siglos, ambos sexos se habían visto afectados por la ley de la progresiva complejidad, y él no se había planteado seriamente que semejantes tópicos pudiesen seguir arraigados en el imaginario femenino más allá del mundo de la ficción navideña y del arte anecdótico. Ahora comprendía que ambas artes se mantenían vivas gracias a la fuerza de los sentimientos a los que, en último término, apelaban.

En efecto, Lethbury había experimentado un rápido proceso de readaptación. Su matrimonio había sido un fracaso, pero había mantenido hacia su esposa la fidelidad en los actos que supuestamente justifica cualquier posible desviación de los sentimientos. Así pues, durante años, el vínculo entre ellos había consistido principalmente

en abstenerse de hacer el amor a otras mujeres. Estando el mundo tan increíblemente bien surtido de la clase de mujeres con las que uno debió casarse y no lo hizo, la abstención no siempre le había resultado fácil. También Lethbury se había sentido tentado por estas alternativas. Compró su inmunidad al precio de recluirse en la atmósfera más bien enrarecida de sus propias percepciones. En un mundo tan limitado como el suyo había concedido excepcional importancia a los detalles, compensando así la estrechez de su horizonte con la minuciosidad de lo inmediato. Lo impetuoso rara vez se atrevía a posar su atolondrado pie en su universo de sutiles penumbras y exquisitas proporciones, un universo donde el festín de la razón jamás se veía perturbado por el inmoderado flujo del espíritu. Naturalmente, su mujer no estaba invitada a aquel banquete. El menú no habría sido de su agrado y con toda probabilidad habría puesto objeciones al resto de invitados. Pero puesto que, pese a sus evidentes errores de cálculo, Lethbury creía haber satisfecho plenamente todas las necesidades de su esposa, pensaba que se había ganado el derecho de disfrutar a placer de su comilona sin que nadie viniese a mendigar a su puerta. Sin embargo, ahora se figuraba constantemente a la señora Lethbury presionando su

rostro hambriento contra las ventanas de su vida, y la viva imaginación de Lethbury inculcaba a la escena un dramatismo exacerbado por culpa de sus propias omisiones.

Una vez en el hospital su fantasía prosiguió su curso con más brío. Veía a su esposa con ojos nuevos. Antes de eso, ella solo había sido para Lethbury un racimo de negaciones, un laberinto de paredes sordas y de puertas con cerrojo. No había nada tras aquellas paredes, y las puertas no conducían a ningún sitio. Él las había tanteado y auscultado lo suficiente para cerciorarse de ello. Y, sin embargo, ahora se sentía como el viajero que al explorar unas antiguas ruinas tropieza con una cámara secreta, preservada del expolio general, decorada con imágenes que revelaban las pretéritas funciones del recinto.

Su esposa se detuvo al fin en una de las salas, junto a una cuna blanca. En la cuna había un bebé de un año, según les informó la enfermera, aunque a Lethbury le pareció un simple fragmento de humanidad sin fecha que se perfilaba contra un fondo de conjeturas. La señora Lethbury se inclinó sobre aquella anónima partícula de vida con un éxtasis en su rostro similar al

que en *La noche*, de Correggio, dimana del cuerpo del niño al semblante de la madre. Una luz que emanaba de ella y, a la vez, la iluminaba. Alzó la vista para atender una pregunta de Lethbury, pero, cuando sus miradas se encontraron, este advirtió que ella había dejado de verle, que se había vuelto tan invisible para su esposa como ella lo había sido para él durante mucho tiempo. Tuvo que dirigir su pregunta a la enfermera:

—¿Cómo se llama el bebé?

—Nosotras la llamamos Jane —respondió aquella.

III

En un principio Lethbury se había mostrado remiso a una adopción legal, pero no tardó en retirar sus objeciones al comprobar que su esposa, con una mente inusitadamente limitada, no consideraría a la niña como propia hasta que no lo ratificase un trámite legal. Tan solo se mantuvo inflexible en un punto: el cambio de nombre de la huérfana. La señora Lethbury había expresado desde el principio su deseo de rebautizarla. Se debatía entre Muriel y Gladys, y aplazaba el momento de la decisión como una damisela indecisa entre dos sombreros. Pero Lethbury se mostró implacable al respecto. En la absoluta claudicación de sus prejuicios aquel fue el único que resistió.

—Pero Jane es tan horrible… —protestaba su esposa.

—Bueno, no sabemos si ella misma acabará siendo horrible. Puede acabar siendo una Jane.

Su esposa replicó resentida:

—Dice la enfermera que es el bebé más lindo…

—¿Y acaso no es eso lo que se dice siempre? —preguntó pacientemente Lethbury. Ahora que había encontrado un firme asidero al que agarrar su oposición, estaba dispuesto a ser paciente hasta la extenuación.

—Es cruel llamarla Jane —suplicó la señora Lethbury.

—Es ridículo llamarla Muriel.

—La enfermera está convencida de que debe de tratarse de la hija de alguna dama.

Lethbury hizo una mueca de disgusto. Hasta aquel momento había evitado pensar en el tema de la ascendencia.

—Muy bien, dejemos que lo demuestre ella misma —dijo con creciente impaciencia. Se preguntaba cómo se había dejado enredar en un asunto así. Percibió por primera vez lo irónico de todo aquello. Se imaginó a sí mismo regresando a un hogar que olía a linaza y a paregórico, y en el que era recibido por un aullido crónico cuando subía las escaleras para cambiarse para la cena.

Nunca había sido un hombre de club social, pero tenía el terrible presentimiento de que ahora iba a convertirse en uno.

Sin embargo, no se cumplieron sus peores vaticinios; el bebé estaba inusualmente sano y era inusualmente tranquilo. Los remedios infantiles que le administraban no eran tan fuertes como para que pudiesen percibirse más allá de la habitación del bebé.

Y cuando lograban convencer a Lethbury para que entrase en el santuario, no encontraba nada enervante en la serena y sonrosada presencia de su hija adoptiva.

Indudablemente, ocasionaba ciertos trastornos inevitables en la alterada rutina de la casa, pero solo afectaban a la señora Lethbury y a las niñeras. Jane contribuía poco a ello, apenas con una plácida mirada que habría bastado para disuadir a quienes acudían a perturbarla.

Fiel a su propósito de desagraviar a su esposa y aguzando sus percepciones, Lethbury no tardó en advertir el efecto que el cambio de circunstancias iba operando en el carácter de aquella. Pronto constató que

se había equivocado al creer que se produciría alguna transformación en ella. Tan solo se magnificaron sus peculiaridades anteriores. Era como una esponja seca en agua: se dilataba, pero no cambiaba de aspecto. Desde una perspectiva científica resultaba curioso comprobar cómo sus atesorados instintos respondían a la llamada seudomaternal. Su esposa superaba cualquier axioma aplicable a la ocasión. Uno percibía en ella el epítome, la consumación de siglos de maternidad animal, de tal forma que aquella mujer menuda, que chillaba a la vista de un ratón y vivía siempre temerosa de ladrones, vino a encarnar a la madre cavernícola que trituraba a su presa para dársela de comer a su criatura.

Menos fácil era abordar los efectos prácticos de su sobrevenida maternidad desde un punto de vista filosófico. Lethbury comprobó estupefacto que se estaba volviendo una mujer positiva y segura de sí. Ya no encarnaba el lado negativo de la vida; mostraba, más bien, cierta tendencia a proferir afirmaciones inconvenientes. Poco a poco había ido ampliando su asunción de la maternidad hasta absorber la parte que le correspondía a él en dicha relación, de tal manera que, de un día para otro, se encontró convertido para todo

el mundo en el padre de Jane. No había previsto dicha contingencia, y tuvo que hacer acopio de toda su filosofía para aceptarla. Sin embargo, no faltaron ocasiones para sentirse compensado, porque sin duda la señora Lethbury era feliz por primera vez en años, y pensar que él había contribuido tardíamente a dicho fin le reconciliaba con lo paradójicos que habían sido los medios para alcanzarlo.

Al principio solía censurarse a sí mismo por contemplar la situación desde fuera, por actuar como espectador en lugar de como parte implicada. Durante un tiempo le había atraído la idea de ver múltiples manos reunidas al borde de la cuna, tal como certifican todas las fuentes de la ficción doméstica. Pero, a su entender, el hecho de que se tratase de una cuna prestada provocó que dicha conjunción no llegara a producirse nunca. La pequeña no le incomodaba. Para él no había dejado de ser una presencia hipotética, un interrogante más que un hecho. Sin embargo, su proximidad no le resultaba desagradable, y había instantes en los que sus balbuceos, sus pasos tambaleantes parecían disolver las resecas excrecencias que envolvían su ser más recóndito. Pero ni siquiera en dichos momentos (que él propiciaba y cuidaba con celo) conseguía la niña acercarle lo más

mínimo a su esposa. Solo ahora era consciente de que le había hecho determinado hueco en su vida a la señora Lethbury, y que ella había dejado de encajar en él. Era demasiado tarde para ensanchar el espacio y, en consecuencia, ella iba invadiendo y usurpando el suyo propio. Lethbury luchaba contra la sensación de estar sumergido. Dejaba caer barrera tras barrera, cada vez cedía más intimidad, pero la personalidad de su esposa continuaba expandiéndose. Ya no era ella sola: eran ella y Jane. Poco a poco, en una monstruosa fusión de identidades, ella se transfiguraba en ella misma, en él y en Jane, y Lethbury, en lugar de tratar de instalar a su esposa en alguna rendija disponible de su personalidad, se encontró a sí mismo incrustado de cualquier manera en el más ínfimo compartimento de la vida doméstica.

IV

Lethbury se convencía a sí mismo de que se daba por satisfecho si su esposa era feliz, y hasta que la niña no cumplió diez años no albergó ninguna duda respecto a dicha felicidad.

Jane había sido una niña excepcionalmente buena. Durante aquellos años no había causado a sus padres adoptivos ningún motivo de inquietud, aparte de los relacionados con la habitual sucesión de enfermedades infantiles. Sus desconocidos progenitores la habían dotado de una constitución robusta que la hizo salir incólume del sarampión, de la varicela y de la tos ferina. La señora Lethbury, cuya fiebre subía y bajaba con la de la paciente, sufrió de esta forma indirecta todos sus padecimientos y no podía ver estornudar a Jane sin vislumbrar un ángel de mármol llorando sobre una columna rota. Pero aunque las prontas recuperaciones de Jane desmentían continuamente este tipo de premoniciones, aunque su existencia discurría sin sobresaltos, con buena salud y mejor conducta, el grado de satisfacción de su esposa no se correspondía con dicha prosperidad. En un principio,

Lethbury estuvo tentado de sumar la decepción de su mujer a la larga lista de inconsistencias femeninas a partir de las cuales elaboran sus tópicos quienes tienden a analizar la vida desde premisas dogmáticas. Pero en esta ocasión las circunstancias le obligaron a adoptar una visión más indulgente.

Hasta ese mismo momento su esposa le había considerado un factor prescindible en la evolución de Jane. Aparte de proporcionar el sustento económico para la manutención de su hija adoptiva y de pasar inadvertido en su presencia, no se esperaba que contribuyese de otra forma al bienestar de la niña. Pero, a medida que pasaba el tiempo, su esposa comenzó a verle bajo una luz distinta. Era él quien debía educar a Jane. En materia intelectual la señora Lethbury era la primera en confesar sus deficiencias, incluso en proclamarlas con un deje de virtuosa superioridad.

Admitía sin pudor, y sin que nadie contradijera la verdad del aserto, que ella no era una persona inteligente. Sin embargo ahora intentaba por todos los medios hacer aún más ostensibles las limitaciones que ya antes admitía sin problema. Tener que hacer frente a la educación de Jane le producía un enorme pánico.

—Yo siempre he sido una ignorante, ya lo sabes —le dijo a Lethbury con una humildad inusual en ella—. Tengo miedo de no saber qué es lo mejor para Jane. Estoy segura de que tiene unas aptitudes maravillosas, y me reprocharía para siempre no haberle dado todas las oportunidades —Ella le miraba angustiada—. Dime tú lo que hay que hacer.

Lethbury no se negó a complacerla. En alguna parte de su desván mental enmohecía cierta teoría sobre la educación, de esas que suelen encontrarse entre los trastos inservibles de quienes no tienen hijos. La recuperó, la restauró y se la aplicó a Jane. Al principio pensó que su esposa no había sobrevalorado la capacidad de la niña. Jane parecía extraordinariamente inteligente. Su precoz sagacidad resultaba alentadora para su inexperto preceptor. Carecía de problemas de atención, y Lethbury percibía que cada dato que impartía quedaba grabado a fuego en su mente. Ayudó a su esposa a contratar a los mejores profesores y, durante un tiempo, siguió mostrando un interés extraoficial por los estudios de su hija adoptiva. Pero poco a poco ese interés fue decayendo. Las ideas de Jane no progresaban con los conocimientos que ponían a su alcance. Su mente

infantil era un simple receptáculo de información, una especie de cámara frigorífica de la cual podía sacarse en cualquier momento algo que se hubiera conservado dentro, intacto pero congelado. Por otra parte, desarrolló un desmesurado orgullo respecto a la capacidad de su almacén mental, así como cierta propensión a esparcir indiscriminadamente su contenido entre su público. En una ocasión la sorprendieron burlándose de su niñera por ignorar esta cuándo había caído la Heptarquía Anglosajona, y aturdía o deprimía alternativamente a la señora Lethbury con la abundancia de sus referencias cronológicas. Pero no mostraba interés alguno por el significado de la información que acumulaba, se limitaba a coleccionar fechas como cualquier otro chiquillo coleccionaría sellos o canicas. A su madre adoptiva le parecía un prodigio de sabiduría, pero Lethbury notaba, con secreta simpatía incipiente, que eran precisamente las aptitudes elogiadas por la señora Lethbury las que poco a poco la iban distanciando de su propietaria.

—Se está volviendo demasiado lista para mí —le comentó su esposa tras una de las históricas peroratas de Jane—, pero me alegra mucho que pueda convertirse en una buena compañía para ti.

Lethbury se estremeció interiormente. No ansiaba en modo alguno la compañía de Jane. Seguía siendo una niña irreprochable, pero había algo mecánico y rígido en su afabilidad, como si fuese una especie de calistenia moral en la que se ejercitaba con el único fin de exhibir su agilidad. Un conocimiento precoz de la virtud provocó además que se erigiera en guardiana natural y consejera de sus mayores. Antes de cumplir los quince ya se había puesto a reformar la casa. En primer lugar la emprendió con la señora Lethbury. A continuación extendió sus esfuerzos al personal de servicio con desastrosas consecuencias para la armonía doméstica, y, por último, se consagró al mismo Lethbury en cuerpo y alma. Apoyándose en las estadísticas, le demostró a su padre que fumaba demasiado y que era perjudicial para el nervio óptico leer en la cama. Le reprendía por no asistir con mayor regularidad a la iglesia y le señalaba los perjuicios de la lectura no sistemática. Le explicó que un ritmo de estudio regular estimularía su concentración mental, sugiriendo que el pensamiento arbitrario era sintomático de vejez inminente.

Igualmente pertinentes eran las instrucciones que Jane dispensaba a su madre adoptiva. Aleccionó a la señora

Lethbury sobre cómo hacer un caldo de ternera más sabroso y la instruyó en las cualidades antihigiénicas de las alfombras. Le proporcionó tediosos datos sobre bacilos y hongos, demostrando que las cortinas y los portaretratos eran el caldo de cultivo perfecto para determinados microorganismos animales. Se aprendió de memoria los componentes nutritivos de los principales elementos de una dieta, y revolucionó la cocina intentando establecer un promedio científico entre féculas y fosfatos. Cuatro cocineras abandonaron sus trabajos en el transcurso del experimento, y el señor Lethbury adoptó la costumbre de cenar en su club.

El padre adoptivo probó a frenar el ímpetu de Jane en un par de ocasiones, pero sus esfuerzos solo conseguían herir los sentimientos de su esposa. Jane nunca se daba por aludida y a la señora Lethbury la ofendía cualquier intento por parte de su esposo de protegerla de su hija. Al final, comprobó que ella soportaba su sentimiento de inferioridad imaginando lo que debía de significar para él la compañía intelectual de Jane. Por su parte, él trataba de mantener viva dicha ilusión sobrellevando con la mayor delicadeza posible el azote de las edificantes disertaciones de Jane.

V

Mientras Jane continuaba creciendo, Lethbury se torturaba preguntándose si su esposa aún lamentaría no haberla llamado Muriel. Jane no era fea; por el contrario, desarrolló una especie de belleza radical que bien podría haber sido una proyección de su mente. Poseía una encomiable colección de bellos rasgos, pero hubiera sido necesario inventariarlos para llegar a la conclusión de que resultaba atractiva. Faltaba en el conjunto la gracia que los habría hecho armónicos.

La señora Lethbury siguió con conmovedor orgullo los primeros pasos de su hija en el mundo. Confiaba en que el aspecto de Jane le haría ganarse a quienes no lograse seducir con su saber. Pero la sonrosada frescura de Jane no causó estragos perceptibles. Ya fuese porque los jóvenes sospecharan el constante axioma al borde de sus labios, porque detectaran la enciclopedia en sus ojos o porque simplemente no hallaran interés intrínseco alguno en su fisonomía, lo cierto es que, pese a los heroicos esfuerzos de su madre y a las incesantes apelaciones a la cartera de Lethbury, al término de su primera temporada social

Jane se había quedado inevitablemente relegada. Unas cuantas chicas más aburridas que ella la encontraron interesante, y un par de jóvenes se acercaron por la casa con objeto de conocer a otro par de chicas. Pero la realidad era que Jane se estaba convirtiendo a marchas forzadas en la típica supernumeraria social a la que solo se invita a salir de vez en cuando porque figura en la lista de compromisos de alguien.

Fue un amargo revés para la señora Lethbury, si bien la idea de que el fracaso de Jane era solo debido a su inteligencia excesiva la consolaba bastante. Probablemente Jane compartía dicha convicción. En cualquier caso no parecía en absoluto consciente de su fracaso. Desarrolló una notable afición por la vida social e, invierno tras invierno, incansable y obstinada, redobló sus salidas a diversos eventos sociales mientras la señora Lethbury intentaba seguir sus pasos con esfuerzo, prodigando atenciones a las anfitrionas olvidadizas. A Lethbury le parecía que había a la vez algo trágico y exasperante en la imagen que daban las dos; la una conciliadora, porfiada la otra, persiguiendo ambas con celo indesmayable el esquivo trofeo de la popularidad. Incluso empezó a sentir un interés personal en el empeño,

no en lo referente a Jane, pero sí en lo que afectaba a su esposa. Se daba cuenta de que esta era víctima de la decepción de Jane, de que la joven no aspiraba a otra cosa que a la burda satisfacción de penalizar a su madre. La experiencia frenaba su impulso de acudir en defensa de su esposa, y cuando el resentimiento de Lethbury llegó a su punto álgido, Jane le desarmó renunciando a presentar batalla.

La capitulación de la joven se produjo sin mediar palabra, pero Lethbury no pudo dejar de advertir que habían cesado las visitas a la vez que disminuían las facturas de las modistas. Por otra parte, la señora Lethbury le informó que Jane empezaba a interesarse por las obras de caridad. La conversación de la muchacha no tardó mucho en confirmar dicho dato. Lethbury se alegró inicialmente por el cambio, pero la domesticidad que aquello conllevaba pronto empezó a agobiarle. Durante las mañanas la joven solía ausentarse en misiones salvadoras, pero por las tardes se quedaba siempre en casa. Al principio ella y la señora Lethbury se instalaban en el salón y Lethbury se quedaba fumando en la biblioteca, pero últimamente Jane había adquirido el hábito de reunirse allí con él, y Lethbury empezó a temer

que la joven le hubiese incluido entre los destinatarios de su filantropía.

La señora Lethbury corroboró su sospecha.

—Jane se está volviendo muy responsable —dijo—. Cree que no te ha prestado mucha atención en el pasado y, a su manera, intenta resarcirte. No la decepciones —añadió sin ningún atisbo de malicia.

Aquella súplica dejó a Lethbury a merced de los desvelos de su hija. Pronto se encontró a sí mismo calculando las horas que pasaba con ella en función del alivio que esas mismas horas le reportaban a su madre. Había momentos en los que incluso intuía una gratitud furtiva en la mirada de la señora Lethbury.

Pero Lethbury no era ningún héroe, y casi había alcanzado el límite de la paciencia que se había impuesto cuando sucedió algo maravilloso. Nunca supieron después cómo había sucedido o quién había sido el primero en detectarlo, pero cierto día la señora Lethbury formuló en voz trémula aquello que ambos venían sospechando.

—Por supuesto —dijo—, él viene por aquí para ver a Elise.

La joven en cuestión, amiga de Jane, era dueña de una serie de encantos que constituían la única explicación plausible para la presencia de visitantes masculinos en la casa.

Lethbury se aventuró a contradecirla:

—No creo que sea por eso —declaró.

—Pero todos piensan que Elise es muy atractiva —insistió ella.

—Ante eso no hay nada que hacer —comentó Lethbury con terquedad.

Percibió una sutil sonrisa en los ojos de su esposa, pero ella comentó distraídamente:

—El señor Budd sería un gran partido para Elise.

Lethbury apenas pudo reprimir la carcajada: advertía claramente que ella se proponía granjearse de algún modo el favor de los dioses.

Durante un par de semanas ninguno de los dos volvió a mencionar el tema, pero transcurrido cierto tiempo la señora Lethbury retomó el asunto.

—Hace ya un mes que Elise se marchó al extranjero —dijo.

—¿Tanto?

—Y parece que el señor Budd sigue viniendo por aquí con la misma asiduidad…

—Ah —contestó Lethbury con heroica indiferencia.

Su esposa cambió apresuradamente de tema.

El señor Winstanley Budd era un joven que adolecía de un exceso de modales. La cortesía emanaba de él a borbotones incluso en las temporadas más áridas. Siempre estaba organizando torneos de galantería de salón, y la proximidad de la dama más anodina le provocaba unos aspavientos que constituían un verdadero peligro para el mobiliario. Sus rasgos, del tipo querúbico, no se ajustaban a su papel, pero eventualmente parecía dominarlos hasta lograr encajarlos en un ideal aquilino. El amplio

radio de acción de la prodigalidad social del señor Budd hacía que no fuese tarea sencilla identificar a su principal destinataria. Extendía su manto de manera tan indiscriminada que uno no siempre conseguía interpretar sus intenciones. Por su parte, el talante impasible de Jane obligaba al joven a redoblar sus esfuerzos, abocándole a unas cortesías que rayaban en el paroxismo.

En un principio, las galanterías del pretendiente invadieron toda la casa, pero poco a poco se hizo evidente que sus efectos más deslumbrantes iban dirigidos exclusivamente a Jane. Lethbury y su esposa contenían el aliento y evitaban mirarse. Fingían no advertir lo asiduo de las visitas del señor Budd, y luchaban contra la imprudente tentación de dejar a la joven pareja demasiado tiempo a solas. Extraían sus conclusiones a partir de una vigilancia subrepticia, pues ninguno de los dos se arriesgaba a ser sorprendido espiando al señor Budd. Actuaban como naturalistas tras el rastro de una mariposa exótica.

En sus esfuerzos por ignorar al señor Budd, Lethbury concentraba su atención en Jane. Y fue precisamente en aquel momento crucial cuando la muchacha logró

suscitar en él una especie de admiración furtiva. Mientras sus padres se las ingeniaban para poder ocultar sus emociones, ella no parecía tener ninguna que esconder. No traslucía ni ansiedad ni sorpresa. Tan genuina era su indiferencia que había instantes en los que Lethbury temía que se tratase de simple y llana estupidez, y reprimía las ganas de susurrarle que había llegado la hora de echar la red.

Por su parte, el dinamismo de las contorsiones del señor Budd fue en aumento con el frenesí del cortejo: sus modales se volvieron tan incandescentes que Jane se sintió súbitamente el centro de un espectáculo pirotécnico que culminó con la «traca final» de una proposición de matrimonio.

Una noche, después de que se hubiese acostado su hija, la señora Lethbury le dio la noticia a su esposo. El anuncio fue transmitido y acogido con cierta pose flemática, como si ambos temiesen que les traicionase un regocijo impropio. Pero tan pronto su esposa hubo terminado de darle la noticia, Lethbury no pudo reprimir la pregunta:

—¿Y han decidido ya la fecha?

La señora Lethbury, que ejercía mayor control sobre sus gestos, se las ingenió para fingir asombro:

—¿Pero cómo se te ocurre…? ¡Se le ha declarado a las cinco de esta misma tarde!

—Claro, claro… —farfulló Lethbury—, pero es que hoy en día los noviazgos son tan breves…

—¿Noviazgo? —repitió su esposa en tono solemne—. Aún no hay ningún noviazgo.

A Lethbury se le cayó el cigarro.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Jane se lo está pensando.

—¿Que se lo está pensando?

—Ha pedido un mes de margen antes de decidirse.

Retrepándose en su asiento Lethbury exhaló un suspiro. ¿Extravagancia o enajenación? No era capaz de decidirlo. Las siguientes palabras de la señora Lethbury revelaron hasta qué punto ella compartía su desazón:

—Lógicamente no quiero presionar a Jane…

—Por supuesto que no —convino él.

—Pero le he hecho ver que un joven de carácter impulsivo como el señor Budd podría desanimarse fácilmente…

—Claro. ¿Y qué ha dicho ella?

—Ha dicho que si merece que la conquisten, también merece que la esperen.

VI

El período de prueba no fue tan acongojante para el señor Budd como para sus potenciales suegros.

La señora Lethbury intentó, valiéndose de diversas artimañas, reducir en lo posible el tiempo de suplicio, pero Jane se mostró inflexible. Cada mañana Lethbury bajaba a desayunar esperando encontrar una nota de claudicación del desalentado pretendiente.

Cuando finalmente llegó el día decisivo y, al caer la noche, la señora Lethbury entró en la biblioteca con aire de alegría reprimida, los dos permanecieron un momento sin decir nada. A continuación la señora Lethbury cumplió con el oportuno decoro anunciando entre sollozos:

—Será terrible tener que renunciar a ella…

Lethbury no pudo evitar un gesto de extrañeza, pero su estupor no le impidió constatar que la desolación de su mujer era sincera.

—Claro, claro —dijo rebuscando inútilmente en su propia planicie emocional una aflicción a la altura de la de su mujer. ¡Y eso que había sido su esposa quien más había sufrido a causa de Jane!

Lethbury había imaginado que tales sufrimientos se disiparían en la atmósfera más sosegada de sus últimas semanas juntas. Pero la felicidad no apaciguó a Jane. Ni por un instante atenuó su despotismo, simplemente lo amplió para acoger a una nueva víctima. El señor Budd se encontró a sí mismo obedeciendo órdenes como los demás. Un nuevo temor atenazó a Lethbury cuando vio a Jane asumir el control prenupcial de su prometido. Él nunca se había interesado personalmente por el señor Budd, pero, como futuro marido de Jane, el joven gozaba de su simpatía. Para su sorpresa, descubrió que la señora Lethbury compartía el mismo sentimiento.

—Temo que pueda encontrar a Jane un poco exigente —comentó tras una tarde de tormentosas discusiones sobre los preparativos de la boda—. Verdaderamente ella debería hacer algunas concesiones. Si él quiere casarse con levita negra en lugar de gris oscuro… —Se detuvo y miró dubitativa a su esposo.

—¿Qué puedo hacer yo al respecto? —preguntó él.

—Podrías explicarle a él…, decirle que Jane no es siempre tan…

Lethbury hizo un gesto de impaciencia.

—¿De qué tienes miedo? ¿De que descubra cómo es ella o de que no lo descubra?

La señora Lethbury se sonrojó:

—Lo expresas de un modo tan espantoso…

Su esposo reflexionó durante unos segundos y, a continuación, dijo en tono de jubilosa hipocresía:

—Después de todo, Budd es bastante mayor para cuidar de sí mismo.

Pero al día siguiente la señora Lethbury le dio una sorpresa. Ya avanzada la tarde, entró en la biblioteca, jadeante y expresándose con tanta dificultad que él presintió alguna catástrofe.

—¡Lo he hecho! —exclamó.

—¿Qué has hecho qué?

—Se lo he dicho —Señaló la puerta con la cabeza—. Acaba de marcharse. Jane había salido y he tenido ocasión de hablar con él a solas.

Lethbury le acercó una silla y ella se sentó cómodamente.

—¿Qué le has dicho? ¿Qué ella no siempre es…?

La señora Lethbury le miró con expresión dramática.

—No, le he dicho que ella siempre es…

—¿Qué siempre… es?

—Sí.

Se produjo un silencio. Lethbury apeló a sus provisiones de filosofía. De repente imaginó a Jane reinstalada en su butaca junto a la chimenea de la biblioteca. Pero reaccionó con súbita emoción ante el heroísmo de su esposa.

—Bueno…, ¿y qué ha dicho él?

La señora Lethbury pareció todavía más inquieta. Estaba claro que había ocurrido lo peor.

—Dijo… que nosotros nunca habíamos entendido a Jane…, que no la valorábamos.

Las sílabas finales se extraviaron en su pañuelo. Seguidamente la señora Lethbury abandonó la habitación, dejando a su esposo sumido en un total desconcierto acerca de las motivaciones femeninas.

Después de aquello, Lethbury afrontó el futuro sin más remordimientos. Habían cumplido con su deber…, o al menos su esposa había cumplido con el suyo, y ahora recolectaban la habitual cosecha de ingratitud con un entusiasmo impropio de lo cosechado. Se produjo un cambio sustancial en la actitud del señor Budd, y su creciente frialdad transmitía una sensación de bienestar que se propagaba por el organismo entero de Lethbury. Resultaba más fácil aguantar a Jane a la luz de la actitud reprobadora que hacia ellos había adoptado el señor Budd.

Y verdaderamente hubo mucho que aguantar durante los últimos días, siendo la señora Lethbury quien se

llevó la peor parte. Jane inauguró su transición al estado de casada con una preceptiva aunque incongruente exhibición de nervios. Le dio por ponerse sentimental, histérica y negativa. Se peleó con su prometido amenazando con devolverle el anillo. La señora Lethbury se vio obligada a intervenir, y Lethbury sintió la espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza. Pero el desastre logró evitarse. La galantería del señor Budd resistió los caprichosos embates de su prometida, si bien tanta devoción conseguía exacerbar la crueldad de la joven. Lethbury temía que Budd fuese demasiado leal, demasiado permisivo, y anhelaba instarle a cambiar de táctica. Finalmente Jane reapareció con el anillo en el dedo y consintió en probarse el traje de novia. Pese a todo, sus titubeos y sus reacciones extemporáneas se prolongaron hasta la víspera.

Cuando amaneció el tan esperado día, Lethbury continuaba sumido en la zozobra.

Ahora que se sentía razonablemente seguro respecto a los actores principales, sus temores se centraban en las posibles contingencias: el sacerdote podría sufrir un infarto, la iglesia podría venirse abajo a causa de

un incendio o podría surgir alguna irregularidad con la licencia. Hizo todo lo humanamente posible para combatir dichos riesgos, pero siempre quedaba pendiente ese otro factor impredecible conocido como la mano de Dios. A Lethbury le parecía sentirla revoloteando sobre su cabeza.

Una vez en la iglesia la mano divina estuvo a punto de agarrarle por el cogote. El señor Budd se retrasaba y, durante cinco agónicos minutos, Lethbury y Jane tuvieron que enfrentarse a una feligresía rebosante de conjeturas. Al final apareció el novio, azorado pero galante, explicándole a su suegro por lo bajo que se le había desgarrado un guante y había tenido que volver a buscar otro.

—A ver si vas a perder también el anillo —le susurró Lethbury. Pero el señor Budd sacó el objeto al instante, y unos minutos más tarde llevaba cautiva a su portadora a lo largo del pasillo.

En el transcurso del desayuno nupcial, Lethbury advirtió que su esposa le clavaba una mirada de discreto reproche, y comprendió que su hilaridad excedía los límites de lo decoroso. Se recompuso e intentó moderar

el tono, pero su júbilo burbujeaba como una copa de champán cuyo contenido no deja de renovarse. Cuanto más bebía, más elevaba la voz.

El punto culminante se produjo cuando, dispersándose ya los últimos invitados, Jane bajó vestida para el viaje y se desplomó sobre el cuello de su madre.

—¡No puedo dejarte! —se lamentó entre sollozos, e instantáneamente Lethbury se sintió tan sobrio como hubiera podido estarlo alguien bajo el chorro de una ducha. Pero si la novia parecía indecisa, su captor se mostró implacable. Nunca antes había estado el señor Budd más arrogante y aquilino. Los últimos temores de Lethbury se disiparon cuando el joven apartó bruscamente a Jane del regazo de su madre y la condujo hasta el carruaje.

El carruaje se alejó, la última empleada abandonó su puesto en el guardarropa, se plegó la alfombra roja y se cerró la puerta de la casa. Lethbury permaneció unos minutos en el vestíbulo a solas con su esposa. Cuando se volvió hacia ella, reparó en la mirada de vencido heroísmo de sus ojos, en las marcadas arrugas de su rostro. Todo en ella traslucía con tanta exactitud lo que él mismo sentía

que no pudo evitar enternecerse. La tensión nerviosa había sido formidable. Se acercó a su esposa y esta, por un impulso recíproco, apoyó una mano en su brazo. Él la retuvo allí durante unos instantes.

—Salgamos a cenar los dos tranquilamente a un restaurante —propuso él.

Hubo un tiempo en que una proposición así habría constituido para ella una reprobable improvisación. Pero esta vez aceptó sin pensarlo.

—¡Oh, estupendo! —murmuró con un profundo suspiro de alivio y bienestar.

Después de todo, Jane había cumplido su misión: había conseguido unirlos.

“ «Querida, no soy un hombre rico, pero si puedo evitarlo no uso la misma frase dos veces»...

Colección
Lima Lee

